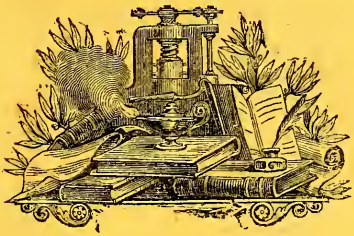
Catalinculto Sin anu

11371

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANGERO,
POR
LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

9

Marcela, ó ¿á cuál de las tres? 6
Un tercero en discordia 6
Un novio para la niña. 6
Otro diablo predicador. 4
Me voy de Madrid. 8
La redaccion de un periódico. 8
Las improvisaciones. 4
Una de tantas. 4
Muérete y verás. 8
El amigo mártir. 8
Todo es farsa en este mundo. 8
D. Fernando el emplazado. 8
Medidas estraordinarias. 4
El poeta y la beneficiada. 6
Ella es él. 4
El pró y el contra. 4
El hombre gordo. 4
Flaquezas ministeriales. 8
El hombre pacífico. 4
El que dirán. 8
Un dia de campo. 8
El novio y el concierto. 4
No ganamos para sustos. 8
Bellido Dolfos. 8
¡Una vieja! 8
El pelo de la dehesa. 8
Lances de carnaval. 4
Pruebas de amor conyugal. 6
El cuarto de hora. 8
La ponchada. 4
El plan de un drama. 4
Dios los cria y ellos se juntan. 8
Cuentas atrasadas. 8
Mi secretario y yo. 4
¡Qué hombre tan amable! 8
Los hijos de Eduardo. 6
Engañar con la verdad. 4
Los primeros amores. 4
A la zorra candilazo. 4
El amante prestado. 4
Un paseo á Bedlan. 4
Mi tio el jorobado. 4
La familia del boticario. 4
El segundo año. 4
La loca fingida. 4
No mas muchachos. 4
Mi empleo y mi muger. 4
La primera leccion de amor. 6
Lo vivo y lo pintado. 8
La pluma prodigiosa. 8
La Batelera de Pasages. 8
La mansion del crimen. 4
La escuela de las casadas. 8
El Editor responsable. 8
¡Estaba de Dios! 8
Blanca de Borbon. 8
Carlos II el hechizado. 8
Rosmunda. 8
D. Alvaro de Luna. 8
El entremetido. 6

Rodrigo. 8
Carlos V en Ajofrin. 4
Cuidado con las novias. 6
Un monarca y su privado. 8
El dia mas feliz de la vida. 4
El vigilante. 4
La escuela de los viejos. 6
El vaso de agua. 6
Un casamiento sin amor. 6
Matilde. 8
D. Trifon. 8
Masaniello. 8
Atrás! 4
Guzman el bueno. 8
El amigo en candelero. 8
El Trovador. 8
El page. 8
El rey monje. 8
Magdalena. 8
El bastardo. 8
Samuel. 8
Dandolo. 8
El encubierto de Valencia. 8
Batilde ó América libre. 6
Margarita de Borgoña. 6
La pandilla. 5
D. Juan de Marana. 6
Calígula. 6
Zaida. 8
Juan de Suavia. 6
El caballero leal. 8
El premio del vencedor. 8
Gabriel. 8
Las bodas de Doña Sancha. 8
Los amantes de Teruel. 8
Doña Mencia. 8
La redoma encantada. 8
La visionaria. 8
Los polvos de la madre Celestina. 8
El amo criado. 6
Ernesto. 6
El barbero de Sevilla. 6
Alfonso el Casto. 8
Primero yo. 8
El abuelito. 4
El Bachiller Mendárias. 8
Macias. 6
No mas mostrador. 6
Roberto Dillon. 5
Felipe. 4
Un desafio. 4
Arte de conspirar. 6
Partir á tiempo. 4
Tu amor ó la muerte. 4
D. Juan de Austria. 6
D. Alvaro, ó la fuerza del sino. 8
Tanto vales cuanto tienes. 8
Solaces de un prisionero. 8
La morisca de Alajuár. 8
El crisol de la lealtad. 8

El desengaño en un su
Mas vale llegar á tiem
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Reti
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistado
Iliguamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Ara
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de anta
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde
Rivera.
El rigor de las desdicha
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluc
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte de
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.

UN CASAMIENTO SIN AMOR.

COMEDIA

ESCRITA EN FRANCES

POR MR. ALEJANDRO DUMAS,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

Don Antonio Gil de Zárate.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1841.

PERSONAS.

EL CONDE DE CANDALE.
LUISA, CONDESA DE CANDALE, *su esposa.*
EL BARON DE VALCLOS.
EL COMENDADOR.
JAZMIN, *criado del conde.*
MARTA, *camarera de la condesa.*
UN PORTERO.
UN CRIADO.
UN OFICIAL DE POLICÍA.
ESBIRROS.

La escena es en París, á mediados del siglo XVIII.

Este comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa una sala adornada con elegancia. Puerta al foro, y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

MARTA. JAZMIN.

Marta. Y bien? qué tal ha ido?

Jazmin. A las mil maravillas. El cura nos ha echado un buen sermon; la novia ha estado para desmayarse; los parientes se deshacian en lágrimas, y yo mismo, aqui donde me ves, hice tambien mis pucheritos. Amiga, este es ya asunto concluido, y será preciso que nos retiremos á buen vivir.

Marta. Pues yo no pienso hacerlo hasta presenciar otro casamiento mas feliz; porque este, amigo, no puede parar en bien.

Jazmin. No?... Le falta algun requisito?

Marta. Los tiene todos, escepto el amor.

Jazmin. Qué plebeya eres! Dónde has servido hasta ahora? Qué le tienes que pedir á este casamiento? Se enlazan dos familias que iban á estinguirse: la de Candale y la de Toriñy: diez y seis cuarteles por un lado y diez y siete por otro. El rey promete mil mercedes á los novios, y el comendador da por de pronto seiscientas mil libras como regalo de boda. A no enredarlo el diablo, la cosa ya ves que promete.

Marta. Buen principio: casarse en virtud de testamento, y como quien dice, por razon de estado!

612998

Jazmin. Asi se casan todos ahora. El señor mariscal quiso, al morir, fijar la suerte de su hijo y de su sobrina, dejando dispuesta esta boda.

Marta. Pobre ama mia! Pudiendo haber sido tan dichosa!

Jazmin. Cómo es eso? Tenia ya tomadas sus disposiciones para serlo? Y criada en un convento!

Marta. Ah! señor conde, nunca nos agradecereis bastante el sacrificio que os hacemos.

Jazmin. Pues y nosotros!... Piensas tú que no teníamos tambien nuestros quebraderos de cabeza? Conozco yo cierta señora, y muy principal, que de esta hecha cae enferma.

Marta. Y yo conozco á cierto joven que morirá de sentimiento.

Jazmin. De veras? Qué coincidencia!

ESCENA II.

DICHOS. EL PORTERO, *abriendo las dos hojas de la puerta del foro, y presentándose con su gran baston en la mano.*

Portero. Señor Jazmin.

Jazmin. Qué hay?

Portero. Ahí está una señora muy guapa que quiere hablar con usted.

Jazmin. Bribon, y dejas la portería?... No podias mandarme el recado con algun lacayo? Y si entretanto vuelven los señores?

Portero. Me regañarán, lo sé; pero la señora me ha dado seis luises para que yo mismo traiga el recado.

Jazmin. Eso es otra cosa. Dí á esa señora que bajo al momento.

Portero. Voy. (*Vase y cierra la puerta.*)

Jazmin. Ya ves, Marta, que no te engañaba.

Marta. Y qué señora es esa?

Jazmin. La que abandonamos, sin duda. Con tu permiso: no es justo hacer penar á los desgraciados. (*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

MARTA. EL BARON.

(*Conforme se aleja Jazmin, se va desplegando un biombo que estará á la parte opuesta, saliendo el baron de detras.*)

Baron. Marta, querida Marta!

Marta. Ah!

Baron. Chito... soy yo. (*Le da un bolsillo.*) No me conoces?

Marta. Perfectamente, señor baron... pero como no me aguardaba á veros salir de detras de ese biombo... Y qué aires os traen por aquí?

Baron. Tú me lo preguntas?

Marta. Pues no! Vos en esta casa!... y ahora, cuando la que amais está dando su mano á otro!... Pero cómo habeis hecho para...?

Baron. Te diré... Rondaba la casa... hallé abierta una puertecita... me colé por ella... fuí subiendo... atravesé dos ó tres habitaciones, y llegaba á esta cuando os oí á tí y á Jazmin. Entonces me agazapé detras del biombo... y aqui me tienes.

Marta. Sí, ya veo que estais ahí... Pero qué quereis?... Veamos.

Baron. Quiero verla, verla una vez sola... decirle que la amo... que no amaré mas que á ella... que esta boda es mi desesperacion, y que moriré sin remedio.

Marta. Todas esas son cosas que ya le habeis dicho mil veces.

Baron. Pues se las repetiré.

Marta. Sí, como si no lo supiera!... Demasiado. Sobre todo, no puede ser... Sabeis que esta es la casa de su marido?

Baron. Y qué!

Marta. Sabeis que estan ahora en la iglesia?

Baron. En la iglesia? estoy por ir á ella.

Marta. A buena hora. Por último, sabeis que dentro de poco estarán de vuelta?

Baron. Pues los espero.

Marta. Estais loco?

Baron. Olvidarme de este modo!

Marta. No os ha olvidado... os ama siempre. Hago mal en decirlo; pero me dais compasion.

Baron. Me ama y se casa con otro!

Marta. Qué remedio? era cosa tratada entre las familias... Bien lo sabíais ya cuando la conocísteis; y tiempo habeis tenido de prepararos á este golpe.

Baron. Si al menos tuviera seguridad de que me cumpliria su promesa!... Porque has de saber, Marta, que me ha hecho una promesa.

Marta. Sí, ya sé cual es.

Baron. La sabes?... Pues bien, crees que la cumplirá?

Marta. Por supuesto... mientras pueda.

Baron. Cómo, mientras pueda?

Marta. No hay que pedir imposibles... porque cuando una se casa... se casa.

Baron. (*Dejándose caer en un sillon.*) Marta, me desesperas.

Marta. Pues no se sienta? (*Tirándole por el brazo.*) Ea, marchaos, ved que van á llegar.

Baron. (*Levantándose.*) Bueno; daré muerte al conde.

Marta. Al conde de Candale?

Baron. Al conde de Candale... al marido de Luisa.

Marta. No es vuestro amigo?

Baron. Lo ha sido... pero ahora, ya que me roba lo que mas quiero, es mi mortal enemigo.

Marta. Jesus! qué miedo!... Y sabe el señor conde que amais á su muger?

Baron. No, gracias á Dios: he tenido valor para ocultar esta pasion á todo el universo.

Marta. Respiro. Pues transijamos. Veníais para ver á mi ama?

Baron. Para eso venia, sí.

Marta. Pues ya veis que no puede ser.

Baron. Que no puede ser!

Marta. No, por cierto. Quereis comprometerla?

Baron. Eso no.

Marta. Fuera una infamia... Ella que os ama tanto!..,

Baron. Con que me ama todavia... es cierto?

Marta. Ciertísimo.

Baron. No sabes, Marta, cuánto me consuelas con eso.

Marta. Y en recompensa de ese amor, inocente ayer y hoy culpable, quereis armar un escándalo!

Baron. Tienes razon; pero cuando se ama, quién piensa en eso?

Marta. Pues entonces es cuando hay que pensar en ello: sino, para qué...? Quereis reñir con el conde? tener cerrada para siempre la puerta de esta casa?

Baron. No hay cuidado: no volveré á poner los pies en ella.

Marta. Desatino! mañana mismo os he de ver, ahí, donde estais ahora.

Baron. Te juro...

Marta. No hay que jurar... Que madama de Candale os cumpla la promesa que os hizo la señorita de Toriñy, y entonces... Quién puede decir de esta agua no beberé? Se ven tales cosas!

Baron. Oh! entonces, ya ves tú... entonces!...

Marta. Eso ya es hablar con juicio; y en recompensa, escribid una carta: yo la entregaré.

Baron. Una traigo aquí.

Marta. A prevencion?

Baron. Pues... Como no sabia lo que podria suceder...

Marta. Ya veo que no estais tan rematado como yo creia... Traed.

Baron. Aqui está... pero le dirás al entregársela...

Marta. Que para no comprometerla, os habeis ido al instante.

Baron. Quisiera, sin embargo, quedarme todavia un ratito.

Marta. Quedaos; pero entonces no le entrego la carta.

Baron. Pues me voy. (*Se dirige hácia el cuarto del conde.*)

Marta. Por dónde vais?

Baron. Por donde he venido.

Marta. Para que os vean todos... Id por aquel cuarto: es el mio... si os ven, yo sola seré la comprometida.

Baron. (*Yendo y volviendo.*) Con que tiene una salida?

Marta. Sí... pero no tiene entrada... os lo prevengo.

Baron. (*Deteniéndose en la puerta.*) Marta, querida Marta, recuerda bien á tu ama lo que me ha prometido. (*Sale Jazmin.*)

Marta. (*Empujando al baron.*) Sí, sí, pero idos... por el corredor... pasad por aquel cuarto... luego la escalerilla...

cerrad la puerta de la calle... fuerte... que lo oiga yo. (*Se oye el ruido de una puerta.*) Bueno. (*Se vuelve, y se encuentra cara á cara con Jazmin, que la está mirando.*) Ah!...

ESCENA IV.

MARTA. JAZMIN, *con una carta en la mano.*

Jazmin. Muy bien, señora Marta, muy bien.

Marta. Ea, Jazmin, fuera secretos.

Jazmin. Ea, Marta, fuera mentiras.

Marta. Qué señora era aquella?

Jazmin. Una marquesa que está enamorada de mi amo. Y qué caballerito es aquel?

Marta. Un baroncito que quiere á mi señora... Y esa carta?

Jazmin. Es para él... Y ese billete?

Marta. Es para ella.

Jazmin. Y decias que este casamiento no pararia en bien?... Pues yo veo que va á las mil maravillas. Empieza por donde otros acaban.

Marta. (*Guardando la carta en el pecho.*) Convengamos, amigo Jazmin, en que los amos de hoy dia son muy depravados.

Jazmin. (*Guardando la suya en el bolsillo.*) No me hables de eso, Marta.... ellos son los que nos pervierten.

Marta. Chito!

Jazmin. Qué?

Marta. Ya están ahí.

Jazmin. Pues cada cual á su puesto... Adios, Marta: Dios le dé á tu baron lo que le conviene. (*Vase por la derecha.*)

Marta. Adios, Jazmin, lo mismo digo por tu marquesa. (*Se dirige hácia la puerta de la izquierda. Al tiempo de salir se oye la voz de la Condesa.*)

Luisa. (*Dentro.*) Marta!

Marta. (*Deteniéndose.*) Es la voz de la condesa. (*Corre á la puerta del foro, que se abre antes que llegue.*)

ESCENA V.

MARTA, LUISA.

Luisa. Marta, socorro!... Un asiento, Marta... Pronto, pronto, pronto. (*Se deja caer en un sillon.*)

Marta. Válgame Dios! Señorita, qué teneis? Qué os sucede?

Luisa. Marta, estoy casada.

Marta. Ah!... Nada mas que eso?

Luisa. Cómo! Qué modo de contestar es ese? sabiendo que estoy desesperada! Tienes muy malas entrañas. (*Reclina su cabeza sobre Marta.*)

Marta. Os desmayais, señora?

Luisa. Creo que sí. No tienes ahi algun pomo de olor, algun elixir?... Me estoy muriendo.

Marta. Uno hay en vuestro cuarto... iré á buscarlo. (*Quiere ir: Luisa la detiene.*)

Luisa. No... quédate... no me dejes.

Marta. Pero qué habeis hecho del señor conde?

Luisa. Qué sé yo. Asi que bajé del coche, eché á correr como una desesperada. (*Cierra los ojos con la mayor languidez.*) Conque no tienes ninguna esencia que pueda respirar?

Marta. No, señora... Pero tengo una cosa que deciros.

Luisa. (*Sin abrir los ojos.*) Dí.

Marta. He visto al baron.

Luisa. (*Abriendo los ojos.*) Qué baron, Marta?

Marta. Cuál ha de ser?... Como si hubiera mas de un baron en el mundo. El de Valclos.

Luisa. (*Con viveza.*) Conque le has visto? Y dónde?

Marta. Aqui.

Luisa. Jesus! aqui!... Y está todavia?... Me horripilas!

Marta. Sosegaos... Ya se fue.

Luisa. Ah!... se fué!... Ya respiro... Y qué buscaba aqui el pobrecito?

Marta. Queria veros... por la última vez... Está medio loco.

Luisa. Qué lástima!

Luisa. Se empeñaba en morir.

Luisa. Lo mismo que yo, Marta mia... Ya lo has visto: acabo de hacer cuanto estaba en mi para morirme; pero

por mas que una haga, no puede dejar de vivir cuando quiere.

Marta. Por fortuna es asi: pues cuantas veces nos arrepentiriamos de habernos muerto.

Luisa. Conque es decir que se fue?

Marta. Y no costó poco trabajo.

Luisa. Pero no se habrá ido sin dejarte dicho algo para mí?

Marta. Y mas que algo, señora.

Luisa. (*Con un resto de languidez.*) Algo mas? Pues qué ha sido?

Marta. Me ha dejado una carta.

Luisa. Una carta!... Qué atrevimiento!... No te parece, Marta, que es grande atrevimiento?

Marta. La circunstancia era crítica... Y por calmar su desesperacion...

Luisa. Tanta era?

Marta. No hay una idea.

Luisa. Lo siento... Pero no he de leer su carta... Y dónde está?

Marta. Vedla aqui.

Luisa. (*Tomándola* y *abriéndola mientras habla.*) Señora Marta, ha sido muy mal hecho el recibir este papel... y es preciso devolvérselo al baron.

Marta. Ya no es posible: lo habeis abierto.

Luisa. Lo he abierto?... Ah!... sí. Te aseguro, Marta, que no sé cómo ha sido.

Marta. Oh! las cartas!... Las cartas se abren por sí solas... sin saber cómo.

Luisa. Ahora que ya está ábierta... qué te parece?... lo mismo da el leerla.

Marta. Lo mismo... Y es lo mejor que podeis hacer.

Luisa. (*Leyendo.*) «Querida Luisa: si el dolor nos matase, ya habria yo espirado.»

Marta. No os lo decia yo, señora?

Luisa. (*Continuando.*) «Solo me sostiene una esperanza. Cuento con la promesa que me habeis hecho, de que el conde de Candale no será para vos mas que un hermano.»

Marta. Eso le habeis prometido? (*Luisa hace seña de que sí.*) Hum!

Luisa. (*Continuando.*) «Si teneis fortaleza bastante para

cumplir vuestro juramento, manifestádmelo con una palabra, una señal que me tranquilice. Por ejemplo, con alguna tocata en vuestro clave: seré el mas feliz de los hombres.» (*Suspendiendo la lectura.*) Pobre baron: mira que poco pide! Se contenta con un poco de música.

Marta. No se puede ser menos exigente.

Luisa. Aguarda... Hay una posdata.

Marta. Tambien hay posdata! Oh! eso ya es otra cosa.

Luisa. (*Leyendo.*) «Es inútil deciros que pasaré la noche rondando debajo de vuestros balcones.» Marta, ya lo ves, debajo de mis balcones... Se morirá de frio!

Marta. Solo estará hasta oir el clave.

Luisa. Y si no le oye?

Marta. Oh! entonces, no respondo de lo que hará.

Luisa. Oyes, Marta? (*Levantándose con presteza.*)

Marta. Qué es eso?

Luisa. El conde... Marta... Yo me escapo.

Marta. Os sigo ó me quedo aqui?

Luisa. Ven, sí, ven... No estaremos de mas las dos juntas. (*Vanse las dos.*)

ESCENA VI.

EL CONDE. JAZMIN.

(*El conde, viendo huir á Luisa seguida de Marta, se para en el umbral de la puerta del foro; y al cabo de un rato se va acercando despacio á la del cuarto de la condesa, que intenta abrir.*)

Conde. Está echado el cerrojo. No me engañé: si hay ataque habrá defensa. Por las trazas, no parece que mi muger me tiene un cariño muy entrañable. Consuélese con que á mí me sucede otro tanto. Por fuerza la voy á hacer muy dichosa.

Jazmin. (*Abriendo la puerta lateral.*) Estais solo, señor?

Conde. Completamente solo.

Jazmin. Esta esquela han traido.

Conde. Una esquela? Y de quién?

Jazmin. No lo adivinais?

Conde. Ni remotamente.

Jazmin. Sois muy modesto, ó muy indiferente.

Conde. De la marquesa?

Jazmin. La misma.

Conde. Y te estás con esa flema, bribon.

Jazmin. Como que no sabia si hoy el señor conde querria recibirla, ó tendria tiempo para leerla?...

Conde. (*Abriendo la carta.*) No sabes que estoy loco de amor por la marquesa?

Jazmin. Sí señor, ya lo sé.

Conde. Pues entonces... (*Lee.*) « Ayer mismo me habeis jurado que solo me amais á mí, que nunca amariais á otra, que vuestro casamiento es de pura conveniencia, y que en la señorita de Toriñy no vereis mas que á una hermana.»

Jazmin. Todo eso habeis jurado?

Conde. No sabia qué decirle... Quisiera verte en mi caso amando á una y casándote con otra.

Jazmin. Me conoceis demasiado para creer que hiciera una promesa con intencion de no cumplirla.

Conde. Y quién te dice que no la cumpliré.

Jazmin. Como la señora condesa es tan linda...

Conde. Hola! Conque es bonita mi muger?... No lo habia reparado. Tendré que verla mas despacio.

Jazmin. Que os olvidais de la carta, señor conde.

Conde. Tú eres quien me distraes con tonterias. (*Lee.*) «Y que en la señorita de Toriñy no vereis mas que á una hermana. Si quereis que os crea, y aun que os recompense por semejante sacrificio, venid á cenar conmigo. He dicho ya desde esta mañana que tengo jaqueca, y mis criados estan prevenidos de que solo para vos estoy en casa.» No hay firma.

Jazmin. Oh! en cuanto á eso no tengais escrúpulos: la buena señora ha venido en persona á traer el billete.

Conde. Ella?... Aqui?

Jazmin. Aqui.

Conde. Asi son todas. Mientras me vió libre, se hizo la mogigata... Me caso, y ya no me deja vivir. Y quién la ha visto?

Jazmin. Yo.

Conde. La hablaste?

Jazmin. Sí, señor.

Conde. Y qué cara traia?

Jazmin. Cara de muger desconsolada.

Conde. Adulador!... Conozco que lo dices por halagarme.

Jazmin. No, señor, como soy Jazmin; y apuesto á que si no acudís á la cita, va á suceder alguna catástrofe.

Conde. Tanto me quiere!

Jazmin. Jesus! es delirio... Aquella cabeza está trastornada.

Conde. Siendo asi... veremos... haré lo posible por componerla.

Jazmin. Teneis algo que mandarme?

Conde. Que pongan el coche y me espere, por lo que puede tronar, á la puerta secreta.

Jazmin. (*Viendo que el conde se dirije al cuarto de su muger.*) Qué es eso? Adónde vais?

Conde. Toma, á ver á mi muger: no he de salir sin darle las buenas noches. Es preciso guardar las formas.

Jazmin. A qué hora he de volver?

Conde. Dentro de diez minutos.

Jazmin. Está bien. (*Vase por el foro. El conde llama á la puerta del cuarto de la condesa.*)

ESCENA VII.

EL CONDE. MARTA, *asomándose á la puerta.*

Marta. Quién es?

Conde. Yo soy, Marta.

Marta. Qué quiere el señor conde?

Conde. Qué quiero?... Hablar un rato con la señora condesa. Dile si me hace el favor de recibirme, ó si tiene la bondad de salir á esta sala. (*Momento de silencio.*) Hola! Hay consulta.

Marta. La señora condesa prefiere salir.

Conde. Sea en buen hora... Me teme... No deja de ser lisongero.

ESCENA VIII.

EL CONDE. LUISA.

Luisa. Señor conde, vedme aqui á vuestras órdenes.

Conde. A mis órdenes, señora!... Os han dado mal el recado. Decid que cedeis á mis ruegos, y os estoy agradecido por tanta condescendencia.

Luisa. O señor conde... sé que un marido tiene el derecho de mandar.

Conde. Quién os ha dicho eso, señora?

Luisa. Mi tia.

Conde. No lo estraño: en su tiempo era asi: los maridos de entonces eran feroces; pero ahora ya lo hemos arreglado de otro modo... y en general, las mugeres mandan y los maridos obedecen.

Luisa. Oh! caballero... no tengo semejante pretension; y me contentaria con que...

Conde. Con que yo no mandase, no es esto?

Luisa. Al menos, cosas demasiado árduas.

Conde. Tranquilizaos, señora condesa... Nuestra boda no se parece á las demas. Pero sentaos, ó de lo contrario creeré que teneis prisa de dejarme.

Luisa. Nada de eso... No me inspirais ya tanto miedo... y me quedaré hasta cuando gusteis.

Conde. (*Aparte, acercando un sillon.*) Vamos, ya veo que podré ir á casa de la marquesa.

Luisa. (*Aparte.*) Pobre baron! Qué contento se va á poner.

Conde. (*Sentándose en una silla.*) Iba diciendo que nuestra boda, es una boda particular. Nuestros padres habian dispuesto ya de nosotros, y nuestro tio el comendador estaba encargado por ellos de llevar á efecto sus últimas disposiciones. Y cómo, por otra parte, resistir á un tio que os da desde luego seiscientas mil libras, y os promete cuatro veces mas para cuando se muera? Vos estabais en el convento de Soisons, yo vivia en Versalles... imposible era el vernos... Y sobre todo, á qué el verse sabiéndose que el uno está destinado para el otro?... Si habiamos de aborrecernos, tiempo sobra para eso; y si amarnos, nunca es tarde para amarse; y en este caso lo mejor es tener poco camino andado, porque asi es mas agradable el que queda.

Luisa. (*Con viveza.*) Oh! en cuanto á mí, caballero, mucho temo que no me ameis en la vida.

Conde. Quereis que os diga la verdad? Conozco temeis aun mas que yo os llegue á amar algun dia.

Luisa. Señor conde!

Conde. Vamos á ver, con franqueza. En qué os fundais para creer que no os he de amar nunca?

Luisa. En que tengo muchos, muchos defectos... os lo advierto desde ahora.

Conde. Tambien tengo yo los mios: necio seria si me creyera perfecto.

Luisa. Pero vuestros defectos no serán tantos como los mios: de fijo.

Conde. Qué sabemos?... Veamos los vuestros.

Luisa. Lo primero, soy curiosa... y con esceso.

Conde. Y yo lo soy con furor.

Luisa. Soy voluntariosa.

Conde. Y yo testarudo... adelante.

Luisa. En no saliéndome con mi gusto, ya estoy de mal humor.

Conde. En hallando oposicion, me pongo furioso.

Luisa. Y rasgo mis blondas.

Conde. Y arranco mis chorreras de encaje.

Luisa. Y rompo los espejos.

Conde. Y hago añicos el chinero.

Luisa. Y riño á Marta.

Conde. Y doy de palos á Jazmin.

Luisa. Cosa rara! Conque tenemos los mismos defectos?

Conde. Esto se llama simpatía, ó no hay simpatías en el mundo.

Luisa. Quién dijera?... Pero... no hay mas?

Conde. Ah!... Sí... mas hay.

Luisa. Hola!

Conde. Soy jugador-

Luisa. Jugador!... Oh! qué defecto tan feo! Pero al menos no hareis trampas?

Conde. Oh! eso no. Grito, pateo, me desespero, y soy capaz de jugar hasta los ojos. Y vos, condesa, sois tambien jugadora?

Luisa. No, no. Dios me libre.

Conde. Bien; pero en cambio, aun tendreis alguna otra faltilla que confesarme.

Luisa. Una tengo... pero esa, bien os la hubiera querido callar.

Conde. Secretos entre nosotros! vaya! los secretos son buenos entre gentes que se quieren.

Luisa. Luego exijís que os lo diga todo?

Conde. Ya os he dicho que no exijo nada.

Luisa. Pero me suplicais...

Conde. Os lo suplico.

Luisa. Nunca me atreveré...

Conde. Es tan terrible cosa?

Luisa. Mucho.

Conde. Os he dicho que soy curioso... vos me habeis dicho que tambien lo sois. Decidme á mí vuestro secreto... y puede que á mi vez os confie tambien alguna cosa.

Luisa. De veras?

Conde. De veras.

Luisa. Pues figuraos...

Conde. Adelante.

Luisa. No me atrevo.

Conde. (*Cogiéndole la mano.*) Vamos, ánimo.

Luisa. Figuraos que allá en el convento tenia yo una amiga.

Conde. Bien..... nada hay en eso hasta ahora de particular.

Luisa. No... pero es el caso... que esa amiga... tenia un hermano.

Conde. Ah! tenia un hermano!

Luisa. Un hermano... pues.

Conde. Ya eso es otra cosa.

Luisa. Y ese hermano iba á ver á su hermana... Mi amiga, por distraerme... hay tan pocas distracciones en un convento... Pues como digo, por distraerme, me hacia que la acompañase al locutorio.

Conde. Tampoco veo en eso mucho malo.

Luisa. Es que lo malo empieza ahora.

Conde. Veamos... juzgaremos.

Luisa. Resultó de ahi que poco á poco me fui acostumbrando á ver al baroncito.

Conde. Oiga! era baron?

Luisa. Sí, señor. Y acostumbrada asi, empecé á distinguir unos dias de otros, lo que jamas me habia sucedido hasta entonces... Y los dias que no parecia el baron estaba triste... y él lo estaba tambien... y por eso, en lugar de un dia á la semana, dió en ir dos, y luego tres, y luego cuatro, y luego todos.

Conde. Vamos, la cosa va tomando color... Por supuesto que la hermana estaria siempre alli?

Luisa. Oh! eso sí: nunca nos dejó solos... pero cabalmente eso fue lo que nos perdió.

Conde. Cómo es eso? veamos.

Luisa. El baron no se hubiera atrevido nunca á decirme á mí que me amaba... pero lo decia á su hermana... y yo, por mi parte... ya lo sabeis, no hay secretos entre amigas de colegio... yo decia á mi amiga que tenia gusto en ver á su hermano; y ella se lo decia á él. De suerte que á lo mejor nos encontramos con que nos amábamos, y que sin saber cómo nos lo habiamos dicho.

Conde. Miren el baroncito! Habrá pícaro mas dichoso!

Luisa. Sí, muy dichoso... y yo tambien lo era. (*El conde hace una cortesía como en señal de gracias.*) Precisamente entonces fue cuando me vinieron á decir de parte de mi tio que me dispusiese á casarme con vos. Puesto que vos no opusisteis resistencia, cómo quereis que yo, siendo una pobre muger?... Tuve un gran sentimiento... jurámonos amarnos siempre... é hice lo que me mandaban.

Conde. Muy á pesar vuestro, no es cierto? Bien se conoce.

Luisa. Qué quereis?... No os creia tan bueno como lo sois. Me formaba del matrimonio una idea exagerada... segun voy viendo. Os tenia miedo.

Conde. Y ahora estais mas tranquila?

Luisa. Algo.

Conde. Y qué habeis determinado con respecto al baron?

Luisa. Conozco mi deber, señor conde. Sé lo que se debe á un hombre que se porta con tanta delicadeza como vos. No le veré mas.

Conde. No, eso seria demasiado... Iria á creer que yo soy quien exije de vos ese sacrificio... Publicaria por todas partes que soy un celoso, y me desacreditaria... No, condesa: solo se debe prometer lo que se puede cumplir. Tengo confianza en vos, en vuestros principios, en el respeto que debeis al nombre que habeis consentido en llevar... No busqueis al baron, ni le eviteis tampoco... Y si por acaso le encontraseis, tratadlo como á otro cualquiera, y me basta.

Luisa. Oh! señor conde. (*Le toma á su vez la mano.*) Muy culpable seria yo si faltase á semejante confianza.

Conde. Siendo asi, me separo de vos con menos recelo del que tenia al principio.

Luisa. Os vais?

Conde. Seré tan feliz que os haya ocurrido el pensamiento de detenerme á vuestro lado?

Luisa. No; no... pero, si mal no me acuerdo, algo teniais tambien que contarme.

Conde. Ah! con efecto... Pero despues de una novela tan linda como la vuestra, lo que os tengo que decir será cosa muy insípida, y mas vale callar.

Luisa. No importa, decidlo.

Conde. Lo mio no es ninguna pasion: son meras relaciones con cierta marquesa.

Luisa. Joven?

Conde. Veinticinco años.

Luisa. Casada?

Conde. Viuda.

Luisa. Y se llama?

Conde. Ah! condesa; no os he preguntado el nombre de vuestro baron.

Luisa. Es verdad.

Conde. Ahora, ya no os detengo, señora condesa.

Luisa. No os incomodeis por mí, señor conde.

Conde. Señora... (*Saludando.*)

Luisa. Caballero... (*Lo mismo.*)

Conde. Jazmin.

Luisa. Vamos, voy viendo que no será tan dificil como creia guardar fidelidad á ese pobre baron. (*Vase.*)

Conde. Pues, señor: está visto que podré cumplir mi palabra á la marquesa.

Jazmin. (*Saliendo por la puerta lateral.*) Llama el señor conde?

Conde. Está el coche?

Jazmin. Hace ya un cuarto de hora.

Conde. La capa.

Jarmin. Vais á salir?

Conde. Ya se vé que sí. (*Se oye en el cuarto de la condesa un ritornelo al clave.*) Qué es eso?

Jazmin. La señora condesa, sin duda, que toca el clave.

Conde. Pues tiene ahi mi muger una bonita habilidad. (*Vase.*)

ESCENA IX.

JAZMIN. MARTA.

Marta. Jazmin...
Jazmin. Eres tú, Marta? Y bien, cómo va por ese lado?
Marta. Estamos dando un concierto al baron... Y por ese lado, qué hacemos?
Jazmin. Vamos á cenar con la marquesa.
Conde. (*Desde su habitacion.*) Jazmin.
Jazmin. Allá voy, señor.
Luisa. (*Desde su cuarto.*) Marta.
Marta. Allá voy, señora. Famosa noche de boda. No va mal la danza... Adios.
Jazmin. Adios.

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. EL BARON. *Salen juntos.*

Conde. Baron de mi alma, tú por aqui? Ya te creí muerto, y casi habia rezado por tu alma. Qué diablos ha sido de tí de seis meses á esta parte?

Baron. Qué quieres, amigo? Cuando se tiene una especie de cosa que se llama regimiento, y existe un ministro de la guerra que se empeña en que ha de hacer uno el servicio, no puede un hombre disponer de su persona. Hay que correrla; estar hoy en Picardía, mañana en Metz, andar las siete partidas del mundo, vivir entre gentes incultas. En fin, he podido sacar una licencia de seis meses; y héme aqui otra vez en Paris.

Conde. Cuanto hace que llegaste?

Baron. Tres dias.

Conde. Y te veo hoy por la primera vez?

Baron. Como estabas tan ocupado!

Conde. Es verdad: me he casado ayer. Ya lo habrás sabido.

Baron. Bueno fuera que cuando hombres como tú se casan no lo supiese todo París.

Conde. Era cosa arreglada entre las familias. Mi tio el comendador me lo recordaba cada tres meses, y por último, ha sido preciso pasar el trago.

Baron. Y qué se hace ahora tu tio?

Conde. Está en sus posesiones detenido por la gota.

Baron. Y que tal te va con tu nuevo estado?

Conde. Perfectamente... Era una boda de conveniencia. La novia es una prima mia, con sesenta mil libras de renta, segun dicen; y una substitucion ó mayorazgo de seiscientas mil en favor del primero de nuestros hijos varones. Ah! olvidaba lo mejor: un apellido ilustre que figurará muy bien en nuestro arbol genealógico... la señorita de Toriñy.

Baron. (*Fingiendo recordarse.*) Toriñy... cononozco ese nombre... sí... no hay duda.

Conde. Puedo. En primer lugar has conocido al difunto mariscal su padre; y luego vive todavia una tia anciana, que debe tener su siglo y medio por lo menos, y de quien mi muger es heredera.

Baron. Ya caigo... sí.

Conde. Esa tia es la que ha cuidado de la educacion de su sobrina, y la ha tenido en un convento de Soissons... las Ursulinas, las Carmelitas... no me acuerdo.

Baron. El de san Juan acaso?

Conde. Precisamente... Cómo diablos sabes eso?

Baron. Es que tengo una hermana en el mismo convento.

Conde. Ah! tienes una hermana!

Baron. Parece que eso te asombra.

Conde. A mí? no. Qué cosa mas natural que el tener una hermana en un convento?... Y la tuya estaba en el de Soissons? eh?

Baron. Pues!

Conde. Y en el de san Juan?

Baron. El mismo.

Conde. Toma! toma! toma!

Baron. Y como yo estaba de guarnicion en Laon, y no hay mas que ocho leguas desde alli á Soissons...

Conde. Ibas á ver á tu hermana, no es esto?

Baron. Dos ó tres veces cada semana, y aun mas.

Conde. Eso es lo que se llama ser un buen hermano.

Baron. Qué quieres? Se fastidia uno tanto en esas malditas guarniciones, que por fuerza se ha de buscar alguna distraccion... De suerte que no será estraño que conozca á tu muger.

Conde. Lo mismo digo... De todos modos te presentaré á ella: si no os conoceis, entablareis vuestras relaciones; si os conoceis, podreis renovarlas, y punto concluido.

Baron. Con mucho gusto... te iba á pedir eso mismo... dónde está?

Conde. En su cuarto. (*Yendo hácia la puerta.*) Hola! Hoy la puerta no está ya cerrada... siempre es un progreso... espérame ahi, vuelvo pronto.

ESCENA II.

EL BARON. *Luego* MARTA.

Baron. No hay como estos calaveras para ser buenos maridos. Me va á presentar él mismo á su muger... no se puede ser mas amable.

Marta. (*Sale por la puerta del foro y atraviesa el teatro como para ir al cuarto de su ama.*) Qué es esto? Vos aqui, señor baron?

Baron. Sí, Marta mia... Qué hay en esto de estraño?

Marta. Pensé que no volveriais... «Marta, esta es la última vez! Marta, te lo juro!» Cuándo deciais esto? ayer, creo?

Baron. Ayer estaba dado á dos mil diablos.

Marta. Y hoy?

Baron. Hoy, Marta, soy el mas feliz de los amantes.

Marta. «Mataré al conde.». Ayer estabais hecho un tigre, y hoy un manso cordero! Bien dicen que la música ablanda hasta las piedras.

Baron. Conque ya sabes?

Marta. Yo? Lo sé todo.

Baron. Y piensas que se alegrará de verme?

Marta. Quién pregunta eso?... Pero la habeis prevenido?

Baron. No he tenido tiempo.

Marta. Qué imprudencia! Y si al veros hace alguna esclamacion?

Baron. No hay peligro... He tomado mis precauciones. El conde sabe ya que tengo una hermana en el convento de Luisa; y no estrañará que me conozca.

Marta. Y quién se lo ha dicho?

Baron. Yo.

Marta. Ya veo que sois diestro... Pero cuidado! El señor conde es muy taimado... Chito... Él es.

ESCENA V.

DICHOS. EL CONDE. LUISA. *El conde trae de la mano á su muger.*

Conde. Permitid, condesa, que os presente al señor baron de Valclos, capitan del regimiento de Artois y uno de mis mayores amigos. (*Aparte.*) Él es: su mano tiembla.

Baron. Señora condesa...

Luisa. Señor baron...

Conde. (*Bajo al baron.*) Y bien, te acuerdas de haberla visto?

Baron. No: no es la misma.

Conde. No?... Marta, acercad una silla para vuestra ama.

Luisa. (*A Marta.*) Gracias.

Marta. Teneis algo que mandarme, señora?

Luisa. No: espérame allá dentro.

Baron. Permitid, señora condesa, que os ofrezca sus respetos una persona á quien no debeis considerar como indiferente ni estraña, puesto que ha ya diez años que vuestro esposo y yo somos amigos.

Luisa. Siendo mi esposo quien os presenta, podeis estar seguro de que hallareis en mí todas las consideraciones que os son debidas.

Conde. Ya ves, para criada en un convento, no se esplica del todo mal. (*A Jazmin que sale.*) Y bien, qué es eso? No le han de dejar á uno un momento libre?

Jazmin. Es una esquela.

Conde. Una esquela!... Con vuestro permiso.

Jazmin. (*Bajo al conde.*) Es de la marquesa... Os espera en los campos Eliseos... Ahi está su volante esperando la contestacion.

Conde. Dile que aguarde, y haz que pongan el coche. Me disimularás, baron, tengo que escribir cuatro letras... condesa, os dejo en buena compañia. (*Vase por la puerta lateral y Jazmin por el foro.*)

ESCENA IV.

EL BARON LA CONDESA.

Baron. (*Despues de haber seguido con la vista al conde y Jazmin, se vuelve, y viendo que la condesa se ha levantado y quiere irse, la detiene.*) Y bien Luisa, qué haceis?

Luisa. No sé, en verdad, si debo quedarme, señor baron.

Baron. Tendríais valor de dejarme, cuando la suerte nos depara esta ocasion?... cuando despues de haber estado ayer para morir de dolor, Marta es buen testigo, crei espirar por la noche de alegria?... Si os marchais, señora, á quién daré gracias por vuestras bondades?

Luisa. (*Con los ojos bajos.*) No he hecho mas que cumplir lo que os habia prometido, y en ello he tenido tanto placer como vos mismo.

Baron. Si supiérais qué noche tan deliciosa he pasado!... qué dulces ensueños he tenido!... Porque, en fin, hasta ayer no estaba seguro de vuestro amor, en lugar que ahora....

Luisa. Pues bien, señor baron, si algun agradecimiento os merezco, no alargueis mas vuestra visita... He sufrido mucho: he estado para desmayarme.

Baron. Que me vaya, señora! Cuando nos deja solos, sin desconfianza alguna... Ah! si os obedeciera, no os amaria. Pensad que tengo mil cosas que deciros, mil pensamientos ocultos que revelaros... Irme yo! No... como no me arrojeis de aquí, no he de marcharme.

Luisa. Cuán cruel sois! Porque he tenido la debilidad de deciros que os amo, os mostrais exigente, tiránico... Considerad que ya no me pertenezco á mí misma.

Baron. Y olvidais que el que os posee os ha arrebatado á mi, á mi amor?... Sois un bien que me ha sido robado: lo encuentro aquí, y ya no lo suelto.

Luisa. Silencio! (*Vuelven al puesto que tenian cuando salió el conde.*)

ESCENA V.

DICHOS. EL CONDE.

Conde. (*Arroja sobre ellos una mirada, y luego va á la puerta del foro y llama.*) Jazmin!

Jazmin. Señor!

Conde. La contestacion. (*Vase Jazmin: el conde vuelve junto al baron y su esposa.*) Y bien condesa, qué os decia el baron?

Luisa. Nada, señor conde.

Conde. Cómo es eso, baron; estabas mano á mano con una muger hermosa, y nada le decias? Señora, disimuladle: no le juzgueis por esta primera entrevista... Es un buen muchacho: tiene talento y mucha gracia... solo que hoy está triste.

Luisa. De veras, señor baron, estais triste?

Baron. No sé de dónde el conde ha sacado eso: es una figuracion suya. Al contrario, nunca he estado mas alegre.

Conde. Eso es que disimula... y os vais á convencer de que no dice la verdad... Figuraos que está enamorado.

Luisa. Ah!

Conde. Perdidamente enamorado.

Baron. Qué diablos de idea!

Conde. Luego ignorais tal vez que el baron tiene una hermana.

Luisa (*Con inquietud.*) Ah! una hermana!

Conde. Sí, que estaba en un convento... y como el baron es escelente hermano, iba á verla muy á menudo. Pues, señor, es el caso que esa hermana tiene una amiga que se llama... que se llama... ¿cómo se llama, baron?

Baron. Yo no sé... no comprendo...

Conde. El nombre no hace al caso... lo que importa es saber que el baron, que es en estremo inflamable, no ha podido ver á esa amiga sin amarla.

Baron. Por Dios, señora, creed que no hay una palabra de verdad en cuanto está diciendo.

Conde. Baron, te prevengo que la condesa sabe ya á qué atenerse en este punto... No es verdad, señora?

Luisa. Señor conde, sé que sois incapaz de engañarme.

Conde. Ya ves, baron, que la condesa me hace mas justicia que tú... En fin, para concluir, cierto dia supo el baron que su amada, prometida esposa de no sé qué conde, iba á salir del convento para casarse... No es esto, baron?

Baron. Lo que es por mí, no hago mas que oir y callar, hasta ver en qué paras.

Conde. (*A Luisa que desfallece.*) Pero sentaos, condesa, asi estareis mejor.

Luisa. Teneis razon, estoy sofocada.

Conde. Ya os podeis figurar que la desesperacion del baron seria horrible... Hubo lágrimas, promesas, juramentos, todo cuanto se acostumbra en semejantes casos... Pero qué remedio? Fue preciso separarse... momento atroz!... En suma, la boda se verificó, y el pobre baron estuvo para morirse de pena... Todavia... miradle, miradle, señora condesa, está pálido, demudado.

Baron. Sí... con efecto... no me siento bien... necesito respirar aire libre. (*Quiere irse.*)

Conde. (*Deteniendole.*) Ea, baron, anímate... Por fortuna... ved qué casualidad!... por fortuna sucedió que el marido era uno de los mas íntimos amigos del baron... de suerte que este, á pesar de su amor, no perdió la chaveta... Oh! el baron, señora, ahí donde le veis, y á pesar de ese atolondramiento que manifiesta ahora, es hombre á quien no le faltan recursos. Ha venido á dar la enhorabuena al marido, le ha rogado que le presentase á su muger, ignorando que el marido lo sabia todo; y ya os podeis figurar cómo se quedaria al saber que estaba descubierto.

Luisa. (*Temblando.*) Y... qué ha hecho el marido?

Conde. Qué ha hecho el marido? El marido es hombre que lo entiende... Se ha portado, como lo hacen en iguales circunstancias las personas de mundo y de buen tono... No ha querido caer en el ridículo de echarla de celoso... Por otra parte, sabe que eso no conduce á nada, y que en semejantes casos los buenos modos pueden mas que las reconvenciones y el estrépito... Solo ha querido dar á conocer á los que intentaban engañarle, que no se tragaba el anzuelo, que no seria su dominguillo... Y luego, como tenia que hacer, ha tomado el sombrero, y los ha dejado buenamente solos, decansando en la lealtad

del uno y en el honor de la otra... Y si abusan de su confianza, si le engañan... Pues bien, si le engañan, allá se las avengan. Esto es lo que ha hecho el marido. (*Vase saludándolos.*)

ESCENA VI.

EL BARON. LUISA.

Baron. (*Dejándose caer en un sillon enfrente del que ocupa la condesa.*) Jesus! este hombre tiene algun duende que le cuenta lo que pasa en el corazon de los demas.

Luisa. Nada os tengo que decir, señor baron: en cuanto á mí, sé que no debo quejarme. Bien merecido lo tengo.

Baron. Estoy aturdido! Pero qué habeis hecho vos para merecer tan estraña salida?

Luisa. Haber olvidado hoy su generosidad de ayer... Me vió llorosa, trémula, pálida, moribunda. Se compadeció de mi estado... y sin embargo, era el amo, podia mandar... En vez de eso me ha respetado como si fuese una hermana.

Baron. Y pensais que todo eso es generosidad en él?

Luisa. Ya se vé que sí.

Baron. Desengañaos... es solo indiferencia.

Luisa. Indiferencia!

Baron. Y aun mas... amor á otra persona.

Luisa. Amor á otra!... Con efecto, me acuerdo...

Baron. Ya se vé, él no os habrá dicho que está en relaciones con cierta marquesa.

Luisa. Sí, me lo ha dicho... Pero cosa estraña... Ayer apenas paré la atencion en ello, y casi lo habia olvidado.

Baron. Dónde os figurais que estará ahora?

Luisa. Qué sé yo?... Cómo quereis que adivine...?

Baron. Pues bien, estará á su lado.

Luisa. Por dónde lo sabeis?

Baron. Por esa esquela que ha recibido.

Luisa. Cómo?

Baron. La ha traido el volante de la marquesa.

Luisa. Qué suposicion!

Baron. No es suposicion... Cuando Jazmin entró, ví y conocí la librea al través de las vidrieras... Azul y plata.

Luisa. Conoceis á esa marquesa, señor baron?

Baron. A la marquesa de Esparville?

Luisa. Se llama así?

Baron. La conozco... No hay muger mas conocida.

Luisa. Y decidme... con franqueza... como si no fuera yo muger... Es bonita?

Baron. Así, así... una carilla... con cierta animacion...

Luisa. Rubia ó morena?

Baron. Rubia.

Luisa. Ojos negros ó azules?

Baron. Azules.

Luisa. Son muy lindos los ojos azules... Os gustan las blondas, baron?

Baron. Y me haceis vos esa pregunta?

Luisa. Ah! es verdad... Tiene talento?

Baron. Nada mas que cierta labia.

Luisa. A veces vale mas eso.

Baron. Sobre todo, es tan coqueta, que vuelve á las gentes locas.

Luisa. Tanto atractivo tiene la coqueteria para con los hombres?

Baron. Tanto... que la mayor parte no suelen amar otra cosa.

Luisa. Y soy yo coqueta?

Baron. Vos, condesa?... Os amaria yo si lo fuéseis? No, lo que en vos mas me ha seducido, es, al contrario, esa sencillez, ese candor, esa pureza que os convierte en un ser celestial... Coqueta vos! No por cierto, á Dios gracias.

Luisa. Pues yo quisiera ser coqueta.

Baron. Para qué!... Quédese eso para las mugeres que lo necesiten... A qué buscar los recursos del arte cuando la naturaleza os ha prodigado todas sus gracias?... Quereis que todos los hombres se mueran de amor y las mugeres de envidia?

Luisa. Es que yo...

Baron. Os andais ya por los espacios imaginarios?... Humanizaos... quedaos en este suelo, y entonces ganaré tal vez en que os ocupeis algo mas de mí.

Luisa. Bastante me ocupo... demasiado... Pero haceos cargo que despues de lo que acaba de pasar, despues de la confianza que el conde nos ha manifestado, y su generosa conducta conmigo, no os puedo ya permitir que me ha-

bleis de amores... Creo que no faltaré á la promesa que os he hecho, con tanta mas razon cuanto que el conde tiene otros compromisos... No es ya mas de lo que ayer hubiérais esperado? Y esta union de las almas tan ponderada por vos, no es bastante etérea para no haber menester de la palabra para esplicarse?

Baron. Y de qué quereis que os hable, si no os hablo de mi amor?

Luisa. Pues qué es lo que decís á las demas mugeres?

Baron. Con las demas es diferente: no las quiero, y tengo mil cosas que decirles; pero á vuestro lado no me ocurre mas que una sola... yo os amo.

Luisa. Todavia!

Baron. Pues bien, haré lo que gusteis... Pero entran los ojos en la prohibicion?

Luisa. Oh! no todo se ha de exigir en un dia.

Baron. Qué amable sois!

Luisa. Ahora, baron, ya que estamos convenidos, no llevareis á mal que... No lo hago por mí, sino por los demas... por el conde mismo, que si os encontrase todavia á su vuelta, pensaria, con razon, que esta visita se prolonga demasiado para ser la primera... Conoceis mejor que yo lo que es el mundo, y no querreis comprometerme.

Baron. Dios me libre... Pero cuándo volveré á veros?

Luisa. Mañana... al otro dia... cuando querais... La puerta de esta casa estará siempre franca para vos.

Baron. Quizás seria mejor para mí que estuviese cerrada.

Luisa. Qué estais diciendo?

Baron. Que no os despedíais así de mí al través de las rejas del locutorio.

Luisa. Vamos, tened. (*Le da la mano.*)

Baron. (*Tristemente.*) Adios, Luisa... á mas ver, señora condesa.

Luisa. Hasta mañana.

ESCENA VII.

LUISA. MARTA.

Luisa. (*Sentándose, despues de una pausa.*) Marta, Marta!

Marta. Señora!

Luisa. Ven.

Marta. Ahora sí que la señora condesa se podrá llamar dichosa.

Luisa. Dichosa... por qué?

Marta. No acaba de salir de aqui el señor baron?

Luisa. Tienes razon, Marta; y he tenido un gran placer en verle.

Marta. Válgame Dios! Lo decís con una frialdad...

Luisa. Lo digo del modo que lo siento.

Marta. Pues bien me acuerdo que en el convento os espresábais de distinta suerte.

Luisa. Allá era otra cosa.... Sin mas distraccion... viéndole solo á él... natural era que todas mis ideas se fijasen en su persona.

Marta. Pues... y aqui comparais... y en la comparacion no sale el buen baron muy bien librado.

Luisa. No... te engañas... le amo siempre... pero hay dias y dias... A veces está una mal templada... por ejemplo, ayer me interesaba el baron á lo sumo.

Marta. Y hoy?

Luisa. Hoy... qué culpa tengo yo si se ha colocado en una posicion ridícula?... Ha venido neciamente á hablarme de cosas que en vez de lisongearme, ofenden mi amor propio... Yo le hubiera dicho de buena gana... callad, baron... baron, no contesteis eso... ved que os estais perdiendo... Pero él, nada; hablar y mas hablar... Y yo, ya se vé, la curiosidad podia mas que yo, y le dejé hablar cuanto quiso.

Marta. Cómo se entiende? Estando á vuestro lado os habló de otra cosa que de su amor?

Luisa. Jesus, sí me ha hablado! y mas de lo que debiera. Qué significa un hombre siempre tierno, siempre suplicando, siempre mirándonos con pasion, exigiendo que le miremos del mismo modo, y que á la menor distraccion de los ojos os arma un caramillo?... Eso, al fin, cansa... Ha de estar una diciendo á todas horas yo os amo? Cuando se tienen ganas, se dice... pero á fuerza de decirlo, las ganas se pasan... y tantas veces nos lo hemos repetido, que ya se han pasado, y es preciso esperar á que vuelvan.

Marta. Ya veo que el amor que teneis al baron es un amor muy juicioso.

Luisa. Le amo mas de lo que debiera.. porque, al fin, este amor es culpable... Pero basta ya de este asunto... Hablemos de otra cosa.

Marta. Y de qué?

Luisa. Quisiera hacerte una pregunta.

Marta. Preguntad... yo de todo entiendo.

Luisa. Dime Marta: qué cosa es coqueteria?

Marta. Ah! ese es mi fuerte... La coqueteria es el arte de hacer que se enamoren las gentes que no lo estan, y de volver el juicio á las que ya estan enamoradas.

Luisa. Pues eso es precisamente lo que necesito.

Marta. Qué felicidad! Ya tenemos el remedio en casa.

Luisa. Y qué se necesita hacer para ser coqueta?

Marta. Muchas hay que no necesitan hacer nada: lo son naturalmente.

Luisa. Qué felices serán esas!... Pero y las que no lo son?

Marta. Las que no lo son, estudian. En primer lugar, la coqueteria se divide en varios ramos: el primero, es la coqueteria caprichosa... consiste en no amar ocho dias un mismo objeto.

Luisa. Pero no siempre es una dueña de su corazon.

Marta. Por eso las coquetas no tienen corazon... Ademas que aqui no hablo de hombres; hablo de cosas, como vestidos, alhajas, encajes, coches... Por ejemplo, á propósito de coches, se paró ayer á la puerta de casa uno... pero qué magnífico! tirado por cuatro caballos color de perla, y lacayos con libreas azul y plata.

Luisa. Y de qué sirve todo eso?

Marta. Sirve para llamar la atencion... La gente mira á la que va dentro: si es fea, parece bonita; si es bonita, la creen divina... Los que la han visto, hablan de ella, la celebran; y sus rivales rabian, y los amantes suspiran.

Luisa. Marta, mañana mismo quiero tomar un coche como ese que has visto.

Marta. Bien pensado: asi me gusta.

Luisa. Pero algo mas se necesitará para ser coqueta.

Marta. Hay tambien los diamantes.

Luisa. Tengo tantos!

Marta. No basta que sean bellos ni muchos... la gracia está en el dibujo y el engarce.

Luisa. Pues bien, haré dar otra forma á los mios... Pero no me hablas mas que de cosas materiales.

Marta. Si quereis hacer gala de vuestro ingenio, se va á presentar una ocasion escelente... Pasado mañana habrá baile de máscaras.

Luisa. Oh! eso sí que quisiera verlo... He de ir, de fijo. Y que mas?

Marta. En todos casos conviene poseerse mucho, y fingir con la persona de quien una quiere ser amada la indiferencia mas completa... y tampoco daña el aparentar cariño á otra persona.

Luisa. Ay, Marta, no siempre sale bien esa treta.

Marta. Porque no todos los caracteres se parecen... Cuando falta la indiferencia, se echa mano de los celos... Teneis propension á ser celosa?

Luisa. Sí, Marta, sí.

Marta. Pues entonces, todo saldrá á pedir de boca.

Luisa. Lo crees?

Marta. Pues no!... Soy esperimentada.

Luisa. Con que, tú, Marta, tambien eres coqueta?

Marta. Furiosamente.

Luisa. De veras?

Marta. Por desgracia, en pequeña escala... no todas tenemos la fortuna de nacer grandes señoras... Pero á pesar de eso, he hecho rabiar á mas de un caballero.

Luisa. Rabiar!... eso es ya mucha crueldad.

Marta. No os asusteis... ninguno se ha muerto por eso.

Luisa. Y esa táctica te ha salido siempre bien?

Marta. Siempre.

Luisa. Pues bien, Marta, decididamente quiero ser coqueta.

Marta. Es decir que á ese pobre baron no le quereis dar cuartel?

Luisa. Quién te ha dicho que se trata aqui del baron?

Marta. Pues si no es él, quién será?

Luisa. Quién?... Es mi secreto... Ven á arreglarme este peinado.

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

EL COMENDADOR. JAZMIN; *luego* MARTA.

Jazmin. Vos por aquí, señor comendador? vos por aquí?

Comendador. Pues qué, bribon, me creias ya muerto? Te prevengo que no te dejo ninguna manda en mi testamento.

Jazmin. Jesus! señor; que supongais en mí sentimientos tan vulgares!...

Marta. (*Saliendo del cuarto de su ama.*) Señor comendador! He conocido vuestra voz, y vengo corriendo á haceros mi cumplido. Estais ya perfectamente restablecido?

Comendador. Mas listo que nunca.

Jazmin. Estareis tal vez en ayunas, señor comendador?

Marta. Quereis tomar algo, señor comendador?

Comendador. Un traguito de vino y unos bizcochos.

Jazmin. Ya lo oyes, Marta.

Marta. Voy corriendo.

Comendador. Pero no podré entretanto abrazar á mi sobrino?

Jazmin. El señor conde no ha llamado todavia; pero si quereis, le despertaré.

Comendador. No, nada de eso... Dios me libre... Durmiendo todavia!... Picarillo!... ya, ya comprendo. (*Vuelve Marta con vino &c.*)

Jazmín. Pues no comprendeis nada, señor comendador.

Comendador. Que no comprendo?

Jazmin. Ni tantico.

Comendador. Cómo es eso?

Jazmin. Quiero decir, que llegais aqui muy á tiempo.

Comendador. Muy á tiempo! Qué significa?... Lo entiendes tú, Marta?

Marta. Demasiado, señor comendador.

Jazmin. Vos habeis sido el autor de este casamiento?

Comendador. Ya se vé que sí; y á mucha gloria.

Jazmin. Pues no teneis por qué alabaros.

Comendador. Señor Jazmin, olvidais siempre que en mi tiempo los criados esperaban para hablar á que se les preguntase. Es posible que esta costumbre se haya perdido en Paris como otras muchas; pero yo, que vivo en provincia, la he conservado... entendeis?

Jazmin. Perdonad, señor comendador...

Comendador. Basta... lo digo para vuestro gobierno. Ahora, pregunto: qué sucede aquí?

Marta. Qué sucede, señor comendador? qué sucede?

Comendador. Hablo á Jazmin, y no á vos, señorita.

Jazmin. Sucede que... (*Se oye un campanillazo en el cuarto de la derecha.*) Ah! este es el señor conde que llama.

Comendador. Y bien, qué? (*Se oye otro campanillazo á la izquierda.*)

Marta. Y esta es la señora condesa.

Comendador. Cómo es eso? Allí?...

Jazmin. El amo.

Comendador. Y allí?...

Jazmin. El ama.

Comendador. Uy! esto es horrible!

Jazmin. Ahora, ya lo sabeis todo, señor comendador.

Comendador. Pero en qué consiste esto?... Quién tiene la culpa? Es Candale? es Luisa?... Quiere mi sobrino á otra? aborrece mi sobrina á su marido? Por vida de... Hablad, rosponded... Tanto charlar antes, y ahora sin decir una palabra.

Jazmin. Era acaso costumbre en tiempo del señor comendador, que los criados se constituyesen en espías de sus amos?

Marta. Señor comendador, teneis ojos, teneis oidos, y si no sois como el diablo del Evangelio, vereis y oireis.

Comendador. Está bien; idos. (*Vase Marta.*)
Conde. (*Dentro.*) Jazmin! Jazmin!

ESCENA II.

EL COMENDADOR. EL CONDE. JAZMIN.

Conde. Qué haces, bribon, que no vienes cuando te llamo?
Jazmin. Perdonad, señor conde; estaba sirviendo al señor comendador.
Conde. Tio mio! vos por aquí?... Conque nos habeis querido sorprender? Cuánto me alegro!
Comendador. Yo soy, sobrino.
Conde. Y perfectamente restablecido, supongo? Cuándo habeis llegado?
Comendador. Acabo de apearme, ya lo ves: ni aun me he tomado el tiempo de mudar de trage; tanta era la prisa que tenia.
Conde. Querido tio!... y no me llamaban!
Comendador. No hay que regañar... Yo soy quien lo he estorbado.
Conde. Ah! eso es otra cosa. Jazmin, ves y arregla la habitacion del señor comendador; que nada falte... Avisen tambien á la condesa que el tio se halla aqui. (*Vase Jazmin.*)

ESCENA III.

EL COMENDADOR. EL CONDE.

Comendador. Querido Candale, henos al fin reunido?
Conde. Sí, querido tio, y os juro que me alegro en el alma.
Comendador. Pues y yo?... Tendreis muchas cosas que decirme?
Conde. Yo?... Nada.
Comendador. Cómo nada?
Conde. Nada absolutamente.
Comendador. Conque nada ha ocurr ido aquí
Conde. No me acuerdo, al menos.
Comendador. Y tu boda?
Conde. Mi boda no es ninguna novedad; diez años há que estaba acordada.

Comendador. Pero... y tu muger?

Conde. Mi muger?

Comendador. Sí, la condesa.

Conde. Me parece hermosa y muy entendida.

Comendador. Y cómo os llevais?

Conde. Perfectamente.

Comendador. Ah! ya eso es otra cosa.

Conde. La creo, sin embargo, algo antojadiza.

Comendador. De veras?

Conde. Sí.

Comendador. Y en qué lo fundas?

Conde. En que ayer, Marta me entregó de su parte un billete... eso sí, lindamente redactado, y con una letrita mas mona... pidiéndome... adivinad el qué.

Comendador. Cómo quieres que yo...?

Conde. Un coche con cuatro caballos color de perla, y libreas azul y plata.

Comendador. Y bien, qué?... Bastante rico eres para satisfacer ese antojo.

Conde. Sí... pero el obstáculo no está en el precio.

Comendador. Pues en qué está?

Conde. En que ha ido á escoger precisamente los colores de la marquesa, la cual ha comprado ayer caballos y libreas iguales; y si ve que tambien los gasta mi muger, me sacará los ojos.

Comendador. Y qué marquesa es esa?

Conde. La marquesa de Esparville.

Comendador. Y qué tiene que ver esa marquesa con tu muger?

Conde. Es que yo la adoro.

Comendador. La adoras?... Y si tu muger llegase á saberlo?

Conde. Lo sabe ya, tio mio.

Comendador. Lo sabe?

Conde. Lo sabe.

Comendador. Desde cuándo?

Conde. Cuántos dias habrá que estamos casados?... Tres dias. Pues otros tantos há que lo sabe... La noche misma de nuestra boda, hicimos mútuamente confesion general.

Comendador. Y qué dijo?

Conde. Quién?

Comendador. Tu muger.

Conde. Se mostró muy satisfecha.

Comendador. (*Mirándole de hito en hito.*) Dime... estás loco?

Conde. Yo?

Comendador. Vamos, déjate de chanzas.

Conde. No me chanceo.

Comendador. Pero, señor, en qué tiempos vivimos?... Por no disgustar á una coqueta... porque esa marquesa tiene todas las trazas de...

Conde. Oh! eso sí, lo es... No he visto otra mas amiga de galas... Se muda de trage diez veces al dia... es la muger de Paris que mas veces se viste... y lo menos posible.

Comendador. Y por ella niegas á tu muger la primer cosa que te pide?

Conde. No se la he negado todavia... Me hallaba, sí, dudoso... pero al veros, querido tio, he pensado que la Providencia os envia adrede para sacarme del apuro.

Comendador. Te engañas... Haz tus negocios tú mismo.

Conde. Me negais?...

Comendador. Sí, clarito.

Conde. Entonces, se lo diré al baron... y él será quien...

Comendador. Cómo! qué baron?

Conde. Ah! es verdad... no le conoceis... Un bello mozo... El baron de Valclos, muy amigo mio; que nos visita todos los dias.... Como que ya me admiro de no verle...

Un criado. (*Anunciando.*) El señor baron de Valclos.

Conde. Precisamente... ahí está... Mas á punto no podia llegar.

ESCENA IV.

DICHOS. EL BARON.

Conde. Buenos dias, baron.

Baron. Felices, conde.

Conde. (*Tomando al baron por la mano.*) Querido tio, os presento al señor baron de Valclos...—Baron, aqui tienes á mi tio el comendador.

Baron. Señor comendador, tengo á dicha el conocer hoy á una persona tan respetable.

Comendador. Lo mismo digo, señor baron.

Conde. Amigo, te esperaba con impaciencia.

Baron. Sí?

Conde. Tengo que pedirte un favor.

Baron. Un favor? Habla, querido conde, habla.

Conde. Has de saber que á mi esposa se le ha antojado hoy el ir á los campos elíseos en carruage nuevo, teniendo ya mas de diez á cual mas bellos.

Baron. Vaya un capricho.

Conde. Un verdadero capricho... y cuento contigo para hacerla entrar en razon.

Baron. Conmigo?

Conde. Sí... contigo.

Baron. Cómo quieres?...

Conde. El cómo no me toca á mí... Componte como puedas, con tal de que no me vuelva á hablar de coche ni de caballos.

Baron. El encargo es delicado, y...

Comendador. Ya lo ves... no habrá nadie que lo acepte.

Baron. Yo, al menos, no.

Conde. Con vuestro permiso, tio. (*Llamando aparte al baron.*) Hablemos claros... Compro un palacio, y te instalas en él... Me caso, y obsequias á mi muger... Callo á todo, y quieres que sea yo quien le niegue lo que me pide?... Amigo, es preciso que estés á las duras, si has de estar á las madurás.

Baron. Bien... sí... pero con qué pretesto quieres que vaya?

Conde. Tambien quieres que te dé yo el pretesto?... Ingenio tienes... Busca, inventa; esa es cuenta tuya.

Baron. Me conformo. (*Vuelve hácia el comendador.*)

Comendador. Y bien?

Conde. Acepta... Oh! es todo un amigo... (*Dándole la mano.*) Y cuando le conozcais como yo... Conque, señores...

Comendador. Te vas?

Conde. Es preciso... La condesa saldrá, y el baron tendrá que hablarla á solas... Conque asi, os ruego tambien que...

Comendador. Y no he de ver á mi sobrina?

Conde. Es verdad: no habia caido en ello... Dadla primero un abrazo, y despues... Ya comprendeis. Hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL COMENDADOR. EL BARON. LUISA.

Luisa. Muy buenos dias, querido tio. Cuánto me alegro de veros! Nos teníais ya con cuidado.

Comendador. Por eso he querido venir á sacaros de él yo mismo.

Luisa. Qué bondad!... Ahora ya no os separareis de nosotros?

Baron. Señora...

Luisa. Buenos dias, baron... Disimulad: no os habia visto... Con la venida del tio...

Baron. (*Picado.*) Es muy justo, señora... y yo soy, al contrario, quien debo pediros disimuleis mi indiscrecion.

Luisa. Qué es lo que tiene el señor, tio? Parece que está picado. Ha habido algo entre él y mi esposo?

Comendador. No, nada... al revés: están muy amigos.

Luisa. Como he visto salir al conde... Tenemos mucho que hablar, tio.

Comendador. Asi empiezo á creerlo... Sobre todo, si eres franca. Pues bien, dentro de un rato me lo dirás.

Luisa. Nos dejais ya?

Comendador. Tengo que dar ciertas órdenes.

Luisa. Volvereis?

Comendador. No tardaré. (*Bajo.*) Estarás sola?

Luisa. Procuraré estarlo... como me pueda descartar del baron...

Comendador. Tan dificil es eso?

Luisa. Es un amigo íntimo de mi marido, y tengo que guardar con él ciertas consideraciones.

Comendador. (*Aparte.*) Aqui hay gato encerrado. (*Alto.*) Hasta luego.

Luisa. Hasta luego, querido tio.

ESCENA VI.

LUISA. EL BARON; *luego* EL COMENDADOR.

Baron. Siento mucho haber llegado en tan mala ocasion... pero tenemos que tratar de asuntos serios.

Luisa. Que os interesan?

Baron. A mí no... á vuestro esposo.

Luisa. A mi esposo?

Baron. Al mismo.

Luisa. Pues ha ido á elegir buen embajador.

Baron. Me cree con mas influencia de la que tengo, y por eso...

Luisa. Y por qué no trata sus asuntos él mismo?

Baron. Porque le habeis pedido una cosa que, la verdad, le pone en un terrible apuro.

Luisa. El coche y los caballos?...

Baron. Eso mismo.

Luisa. Me los niega?... Bien, muy bien... Qué os parece? No es verdad que es un proceder inicuo?

Baron. Mucho... sin embargo, antes de enojaros, oid las razones en que se funda.

Luisa. Le disculpais?... Bueno.

Baron. No le disculpo... pero hay motivos que...

Luisa. Pues bien, qué motivos son esos?... Vamos, hablad, hablad pronto.

Baron. (*Aparte.*) Lléveme el diablo si sé qué decirle.

Luisa. Vamos, qué escusa es esa? O por mejor decir, qué pretesto?

Baron. No me lo ha querido decir; pero presumo que se halla algo escaso de fondos.

Luisa. Escaso de fondos?... cómo puede ser eso?

Baron. Es que... ha jugado... y ha perdido.

Luisa. Con efecto... me ha confesado él mismo que jugaba.

Baron. Pues... eso es... ha jugado... Oh! los jugadores...

Luisa. Y es mucho lo que ha perdido?

Baron. Ha perdido... nada menos que... cincuenta mil libras. Ya veis... despues de los gastos que ha hecho para la boda... de la compra de esta casa... Vamos, ello es que no tiene un franco.

Luisa. De veras?

Baron. Siento ya haberlo dicho, y no quisiera que lo supiese el conde.

Luisa. No lo temais... Sois un buen amigo, y os agradezco me hayais dado á conocer mi falta... Pero tan apurado le creeis?

Baron. Estaba fuera de sí.

Luisa. Lo creo... Qué necesidad tengo de un nuevo carrua-

ge?... Fué un mero antojo, una ligereza... No me imaginé siquiera que pudiera faltarle el dinero... á mí nunca me falta.

Baron. Es decir, que renunciais al coche?

Luisa. Vos lo exigís, y nada tengo que negaros.

Baron. Sois una muger adorable.

Luisa. Ejerceis sobre mí tal imperio...

Baron. Ah! cuán feliz soy! porque ese imperio...

Luisa. Y bien?

Baron. Temia ya haberlo perdido.

Luisa. Qué locura!

Baron. Os encontré ayer no sé qué!

Luisa. Lo estrañais?... Cometísteis la necedad de venirme á hablar de la marquesa... de una muger á quien aborrezco.

Baron. Qué sabia yo?

Luisa. Si nada adivinais, qué culpa tengo?

Baron. Pues bien, ayer teníais razon; pero hoy...

Luisa. Hoy?

Baron. Me habeis recibido de un modo...

Luisa. Os he recibido mal?

Baron. Apenas habeis hecho caso de mí.

Luisa. Qué cosa mas natural: acaba de llegar mi tio...

Baron. Tanto es el cariño que profesais á ese tio?

Luisa. Me ha servido de padre.

Baron. Pues aun me acuerdo de las lágrimas que os hizo derramar cuando os obligó á dar la mano á Candale.

Luisa. Creia labrar mi dicha; y le agradezco, por lo menos, la intencion.

Baron. Sabeis, condesa, que empiezo ya á estar celoso?

Luisa. De quién? del comendador?

Baron. De ese no... de su sobrino.

Luisa. No os burleis... puede que no vayais tan descaminado.

Baron. Mucho me lo temo.

Luisa. El conde es muy amable.

Baron. Lo echais de ver ahora?

Luisa. Tiene muy buen caracter.

Baron. Es obsequioso, complaciente... como lo prueba el carruage que le habeis pedido.

Luisa. (*Con viveza.*) Y que me habeis negado en nombre suyo. Él, al menos, tiene el mérito de haber temido dis-

gustarme... pero vos... Oh! vos no habeis vacilado en hacerlo... y os estoy muy reconocida, mucho... Pero disimulad: mi tio vuelve.

Baron. Y llega á tiempo de interrumpir una conversacion que os molestaba.

Luisa. Caballero!

Baron. Otra vez, para presentarme á vos, esperaré á que esteis de mejor humor que ahora.

Comendador. (*Bajo á la condesa.*) Déjame á solas con el baron.

Baron. Señora, bésoos los pies... Os obedezco, y me retiro.

Luisa. No... podeis quedaros; yo soy quien os cedo el puesto. Tio, ya sabeis que estoy en mi cuarto, que apenas os he podido hablar; y que tendré un gran placer en veros. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL BARON. EL COMENDADOR.

Comendador. (*Aparte.*) O no lo entiendo, ó habia entre ellos una riña de enamorados.

Baron. (*Haciendo ademan de irse.*) Con vuestro permiso, señor comendador.

Comendador. Una palabra, señor baron... una palabra.

Baron. Disimuladme, pero...

Comendador. Pronto acabo.

Baron. Siendo asi...

Comendador. Hoy he tenido por la primera vez el gusto de veros; pero he conocido mucho á vuestro padre.

Baron. Puede.

Comendador. Vuestro padre era todo un caballero... un noble lleno de lealtad y de honradez, como habia muchos en su tiempo, y de que ahora quedan tan pocos... Sobre todo, la amistad era para él una cosa sagrada, y á sus ojos hubiera sido un crimen el faltar á ella.

Baron. Señor comendador, vuestras palabras envuelven, segun parece, alguna alusion; y siento mucho deciros que no os comprendo.

Comendador. Pues me esplicaré sin rodeos. Digo que si vuestro padre hubiera tenido un amigo casado con muger jóven y bonita, hubiera respetado á esa muger como á una

hermana: y si por desgracia, cosa muy posible, hubiera estado enamorado de ella, tomára el partido, respetando la confianza del amigo, de no poner los pies en su casa; y esta resolucion la adoptára por sí, y antes que se la indicase alguno de esos parientes cuyo empleo es observar lo que otros no ven nunca. Esto es lo que hubiera hecho vuestro padre, señor baron; y esto es lo que creo baríais vos si os halláseis en igual caso... He dicho algo? Lo quereis mas claro todavia?... Meditadlo bien, señor baron, y adios... hasta otro rato. (*Vase el comendador por el cuarto de la condesa.*)

ESCENA VIII.

EL BARON: *luego* EL CONDE.

Baron. No... lo que es claro, bien se esplica... No parece sino que todo el mundo se ha dado de ojo para... Como si el tal comendador tuviese que ver algo en esto. (*Quiere irse.*)

Conde. Hola! Baron... aguarda un poco... y mi encargo?

Baron. Tu encargo... está hecho... y bien hecho.

Conde. Sí?

Baron. La condesa se ha convencido, y renuncia al coche.

Conde. Renuncia al coche!... Y sin duda habrá llorado, gritado, dicho mil pestes contra el tirano que le impone tal sacrificio?

Baron. Nada de eso... Se ha resignado muy pacíficamente, y hasta ha manifestado satisfaccion en hacer una cosa que nos fuese agradable.

Conde. (*Algo picado.*) Es decir, que estarás muy contento?

Baron. Muy contento... Sin embargo, alguien me mortifica en esta casa.

Conde. Cómo es eso?

Baron. Tienes un tio... nada me habias dicho de ese tio... Se quedará mucho tiempo en casa?

Conde. Todo el tiempo que quiera... Es un buen hombre, aunque algo brusco... Tiene allá sus manías: quiere llevar las cosas á punta de lanza... Sobre todo, en tratándose de buenas costumbres... se figura estar todavia en tiempo del difunto rey... Por lo demas, me quiere mucho, y mira por mis intereses como un padre.

Baron. Sí, sí... ya lo he conocido... Pero soy menos feliz que tú... no tengo la honra de ser de sus amigos.

Conde. Pues cómo?

Baron. Me ha plantado en la calle, poco menos.

Conde. Qué dices?

Baron. Lo que oyes.

Conde. Y por qué?

Baron. Porque se le ha metido en la cabeza que obsequio á tu muger.

Conde. Qué buen tio!

Baron. Y dale con que es cosa inmoral!... dale con que hago traicion á la amistad!... Por qué diablos no se ha estado allá en su provincia, con aquel pelucon y aquellos zapatos... Eso no es tio, es un retrato de familia, y debiera haberse quedado colgado en la pared.

Conde. Es un tio, un verdadero tio; y la prueba está en que heredaremos de él doscientas mil libras de renta... Conque, amigo, te lo prevengo: procura estar bien con él; porque si no, á pesar de toda nuestra amistad, en tocando ese punto, no me andaré en chiquitas.

Baron. Tendrias valor para darme con la puerta en los hocicos? A mí? á tu mejor amigo?

Conde. Con mucho sentimiento mio... Qué quieres? Me veria precisado á ello .. Por lo demas, siempre amigos.

Baron. Y van tres!... El único con quien contaba.

Conde. Cómo?

Baron. Nada... Hoy me persigue la desgracia... Adios.

Conde. Adios... hasta cuándo?

Baron. No lo sé... tu tio me asusta.

Conde. Yo os reconciliaré.

Baron. Adios.

ESCENA IX.

EL CONDE; *luego* LUISA *y* EL COMENDADOR.

Conde. Está gracioso el bueno del baron... Pues no quiere que le sacrifique á mi tio? Y un tio como éste! Delira.

Luisa. Estais solo?

Conde. No, por desgracia.

Luisa. Por qué decís eso?

Conde. Porque sin duda no era á mí á quien buscábais.

Luisa. Pues precisamente érais vos.

Conde. De veras? (*Señalando un asiento.*) Entonces...

Luisa. No, no... os tengo que pedir perdon.

Conde. Perdon á mí?

Luisa. Por haberos molestado con un capricho mio.

Conde. Antes soy yo quien debo disculparme de haberos rehusado una friolera como esa... El baron os habrá dicho...

Luisa. Basta. Solo quiero ya haceros una pregunta.

Conde. Cuál?

Luisa. Me mirais como á una amiga?

Conde. Yo? Sin duda.

Luisa. Entonces, me quiero quejar de vos porque no me comunicais vuestros apuros.

Conde. Mis apuros?

Luisa. Habeis perdido al juego.

Conde. Yo?

Luisa. No hay que ocultarlo... Vos mismo me habeis confesado que sois jugador.

Conde. Pero quién os ha dicho?... Ah! ya caigo: sin duda el baron, para...

Luisa. No os incomodeis con él por eso. (*Pasando su mano por debajo del brazo del conde.*) Escuchad... Tengo allí guardados en mi mesa de labor unos mil luises que mi tia metió en ella al tiempo de despedirse, y que he encontrado esta mañana... No es gran cosa.. pero os la cedo... Y bien, no contestais?

Conde. No contestaba, porque me hallaba embelesado oyéndoos... Valclos, para salir del paso, os ha dicho un embuste. No he perdido nada al juego: no me encuentro sin dinero; y la prueba es que si os queda el menor deseo del coche y de los caballos, me tendré por feliz de reparar mi falta. (*Sale el comendador.*)

Luisa. No, al contrario; la feliz soy yo en poderos hacer tan pequeño sacrificio.

Conde. Lo acepto, pero os lo agradeceré toda mi vida.

Comendador. (*Aparte.*) Pues no diria cualquiera que se adoran? A fé mia, no comprendo nada á estos matrimonios de ahora.—Muchachos, estorbo?

Luisa. No, por cierto, tio mio. Ya sabeis que me está es-

perando la modista, y os dejo con el conde. Hasta luego (*Saludando al conde.*) Abur.

Conde. (*Lo mismo.*) Señora...

ESCENA X.

EL CONDE. EL COMENDADOR.

Comendador. Me parece, con franqueza, que mi llegada ahora ha sido algo inoportuna, eh?

Conde. No por cierto, tio.

Comendador. Como estábais ahí, tu muger y tú, en conversacion tan tirada...

Conde. Hablábamos de negocios, de dinero... nada mas.

Comendador. Nada mas?

Conde. A fé de quien soy.

Comendador. Dime la verdad, Candale: qué tal te parece Luisa?

Conde. No os lo he dicho ya? Divina.

Comendador. Pues entonces, cómo es que te portas asi con ella?

Conde. Qué hago yo, tio?

Comendador. Ella se queja de tí.

Conde. Se queja de mí?

Comendador. Lo que es materialmente quejarse, eso no; pero se conoce á la legua que no está muy contenta.

Conde. Bah!

Comendador. Acabo de hablar con ella, y me ha dicho cosas que me han dejado aturdido.

Conde. Qué decís? Quisiera que me repitiéseis lo que os ha contado de mí.

Comendador. Tus relaciones con esa marquesa, tu indiferencia con ella...

Conde. Eso os ha dicho?... Y respecto á ella, no ha añadido algo?

Comendador. Ni una palabra.

Conde. Ni siquiera os ha hablado del baron?

Comendador. Del baron de Valclos? No.

Conde. Pues entonces no os ha contado mas que la mitad de la historia.

Comendador. Cómo es eso?

onde. Que antes de casarnos, mi muger conocia al baron.

omendador. De veras?

onde. Y que él la amaba, y ella le amaba tambien.

omendador. Y sabiendo eso, no has cerrado al baron la puerta de tu casa?

onde. Al contrario: se la he abierto de par en par.

omendador. Eso has hecho?

onde. Eso he hecho.

omendador. Y las resultas?

onde. Allá veremos.

omendador. Y el mayorazgo?

onde. El mayorazgo? Y qué?

omendador. Cómo! y qué?... Te figuras tú que iré á señalar treinta mil libras de renta á un sobrino que solo seria mi sobrino á medias?

onde. Y qué remedio?

omendador. Qué remedio?... Ya, ya verás.

onde. Tio mio, presumo que no hareis nada que me pueda poner en ridículo?

omendador. Ridículo!... ridículo! Ese es el temor á que sacrifican todos su reputacion pasada y futura! En otro tiempo, los maridos caian en ridículo cuando los engañaban; pero ahora vosotros lo habeis arreglado de otro modo.

onde. Cómo ha de ser? Hay que seguir la moda.

omendador. La moda! Y vuestra moda consiste en hacer gala de afectos postizos, disimulando los que realmente se tienen? en despreciar todas las virtudes que adoraban vuestros abuelos, y adorar, por el contrario, los vicios que despreciaban? en quebrantar por capricho todos los lazos de la religion, y por libertinage todos los de la sociedad? La moda exige hoy dia que el matrimonio sea para reunir los bienes y no los corazones, para perpetuar los nombres, pero no las familias? La moda, en fin, exige que se tenga una muger para los demas, é hijos que no sean de nadie? Pues, señor sobrino, lo siento; esa moda no será la vuestra, yo os lo digo.

onde. Pero tio, que intentais hacer?

omendador. Ya lo verás.., esa es cuenta mia: yo hice el daño, yo lo repararé.

onde. Pero, señor...

omendador, No me has dicho que tu muger ama al baron?

Conde. Bien á la vista está.

Comendador. No me has dicho que tú tambien amas á la marquesa?

Conde. Si, la tengo cierta inclinacion.

Comendador. No me has dicho, por fin, que mi sobrina y tú estais casados sin estarlo?

Conde. Oh! en cuanto á eso, es la pura verdad.

Comendador. Pues no necesito mas. Adios. (*Vase.*)

Conde. (*Siguiéndole con la vista, y despues de una pausa.*) Adios, tio... Qué diablos irá á hacer? Eh! allá veremos.

Acto cuarto.

ESCENA PRIMERA.

LUISA. MARTA.

(*Sale primero Luisa, y despues Marta con un espejo de mano.*)

Luisa. No, Marta, es inútil.
Marta. Vamos, por favor... miraos un poco.
Luisa. Déjame... estoy de mal humor esta mañana.
Marta. Una mirada... vamos.
Luisa. No te digo que no?... Para qué?... tengo alguien á quien agradar?
Marta. No importa... por si cayese alguno.
Luisa. Luego, no seria mala faena... con la noche que he pasado.
Marta. Habeis pasado mala noche?
Luisa. Atroz... ni un minuto he dormido.
Marta. De veras?
Luisa. Y qué sueños he tenido!
Marta. Si... ya se conoce... Teneis un color!...
Luisa. Hazte cargo.
Marta. Y unas ojeras!...
Luisa. Con unos impulsos de llorar...
Marta. Decis bien... Fuera espejos.
Luisa. Tan demudada estoy!
Marta. Espantais.
Luisa. A ver? (*Tomando el espejo y mirándose*) Embustera!

Marta. Lo que yo creo es que habeis soñado que no dormíais.

Luisa. No, te aseguro que no he sosegado en toda la noche

Marta. Y de qué procede ese desasosiego tan grande?

Luisa. (*Colocando el espejo en la mesa.*) Ni yo misma lo sé.

Marta. Ya se vé, vivís aqui tan aislada!

Luisa. Puede ser que eso sea... Pero has visto qué esposo tengo? Ayer, despues que mi tio interrumpió una conversacion... de las mas interesantes, al volver á casa no se le ocurrió siquiera entrar á darme las buenas noches.

Marta. Oh! no tal, señora.

Luisa. Cómo?

Marta. El señor conde llamó á la puerta de la habitacion.

Luisa. Sí?... Y á qué hora?

Marta. A las diez.

Luisa. Tan tarde!

Marta. Por eso no le dejé entrar, acordándome de las órdenes que me teneis dadas.

Luisa. Qué ordenes? Tú deliras.

Marta. No me dijísteis terminantemente la otra noche...?

Luisa. Ah! la otra noche!

Marta. No sabia que hubiéseis cambiado de idea.

Luisa. De idea!... Qué modo de hablar es ese?

Marta. Digo que ignoraba esperáseis al señor conde á aquella hora.

Luisa. Yo no esperaba á nadie... Vaya una suposicion!

Marta. Quiero decir, que no sabia tuviéseis deseos de recibir al señor...

Luisa. Deseos! deseos!... Cuidado que te tomas hoy unas libertades!... Deseos!... Y aunque los tuviera, qué habria en ello de estraño, señora bachillera?

Marta. Nada, sino que...

Luisa. Vete de aquí... (*Marta quiere llevarse el espejo.*) No, no... déjalo ahí... Ya te he dicho que te marches.

Marta. Ya me voy, señora, ya me voy. (*Vase.*)

Luisa. No hay en todo Paris una muger que esté peor servida que yo.

ESCENA II.

EL CONDE. LUISA.

Conde. (*Que habrá estado parado á la puerta.*) Parece que reñís á vuestra camarera?... Pues yo acabo de hartar de palos á mi criado.

Luisa. Qué habia hecho?

Conde. No lo sé á punto fijo; pero de todos modos lo merece: es un solemne bribon.

Luisa. Qué degracia el estar asi á la merced de gentes que cuando se desea una cosa hacen otra.

Conde. Oh! pues no teneis que quejaros de vuestra doncella: cumple estrictamente vuestras órdenes.

Luisa. Cómo es eso?

Conde. Ayer noche, cuando volví á casa, traté de veros; pero qué! me encontré con cara de palo.

Luisa. Si hubiérais insistido...

Conde. Ya se vé que insistí, y rogué, y ofrecí dinero... cualquiera que me hubiese oido, me tuviera por un amante.

Luisa. (*Aparte.*) Ah! Marta, ya me la pagarás. (*Alto.*) Y qué teníais que decirme?

Conde. Os queria hablar del tio.

Luisa. A propósito del tio... Desde ayer no le hemos visto... Qué ha sido de él?

Conde. No lo sé á punto fijo, pero lo presumo... Apostaria que ha ido á Versalles.

Luisa. Le llamaba algun negocio á la corte?

Conde. Que yo sepa, no, señora.

Luisa. Pues quién le lleva?

Conde. Nosotros.

Luisa. Nosotros?

Conde. Mucho me lo temo... Toma las cosas tan á pechos...

Luisa. Y qué?

Conde. Está que trina por haber hecho un casamiento tan poco simpático como el nuestro.

Luisa. Pues qué, le habeis dicho...?

Conde. No le contásteis vos lo de la marquesa?... Preciso fué apuntarle cuatro palabras acerca del baron.

Luisa. Y qué tiene que ver el rey con todo eso?

Conde. Mucho... Puede autorizar una separacion.

Luisa. Una separacion!... Y habríamos de dar ese escándalo?

Conde. Lo mismo digo... Eso no se hace sino en un estremo... Y como nuestro modo de vivir hasta ahora me parece tolerable...

Luisa. Quién lo duda?... Lo que es por mí, no apetezco otro.

Conde. Siendo asi, no hay cuidado... Para la separacion se necesita el consentimiento mútuo.

Luisa. De veras, se necesita?

Conde. Es indispensable... y como á no ser que deis la primera el vuestro...

Luisa. Jesus! no hablemos de cosas tan desagradables.

Conde. Lo digo solo para que esteis prevenida.

Luisa. Gracias. (*Despues de una pausa.*) Qué hermoso alfiler de brillantes llevais al pecho, conde.

Conde. Cómo lo veis estando vuelta de espaldas?

Luisa. En este espejo.

Conde. En todo os hubiera creido ocupada, menos en estarme mirando.

Luisa. Estais tan cerca... que por fuerza.

Conde. Conque os gusta, eh?

Luisa. Estoy por sobornar á vuestro criado, y...

Conde. No hay necesidad: si quereis otro igual, hoy mismo...

Luisa. Otro no... ese queria.

Conde. Entonces...

Luisa. No, dejad... Reservo vuestra condescendencia para otra cosa.

Conde. Cuál?

Luisa. No me atrevo á decirla.

Conde. Será por lo de ayer?... Hablad... deseo una ocasion de reparar mi falta.

Luisa. Pues bien... quisiera... es una locura.

Conde. No importa.

Luisa. Quisiera me lleváseis al baile de la ópera.

Conde. Al baile!... Vamos, estoy en desgracia.

Luisa. Pues cómo?

Conde. Ayer, siéndome imposible penetrar en vuestra habitacion, y no sabiendo qué hacerme, me junté con unos cuantos calaveras amigos mios, y me comprometí con ellos para esta noche.

Luisa. No hablemos mas del asunto... La indiscrecion es la

mia. Ya se vé! ocupaciones tan formales como las vuestras, no se sacrifican á un mero capricho. (*Hace que se va.*)

Conde. Ah! señora! Ayer no quisísteis verme, y hoy os separais de mí tan séria!

Luisa. Yo séria! Dais, caballero, á vuestra negativa mas importancia de la que se merece, y sobretodo mas de la que yo le concedo.

Conde. Disimulad, señora... Pero tan vivo deseo de ir á la ópera, es tal vez en vos algo mas que un mero capricho.

Luisa. Y qué otra cosa ha de ser? Encerrada toda mi vida en un convento, no he visto hasta ahora ningun baile de máscaras. Me han ponderado el de la ópera, y tenia curiosidad de verlo. No hay mas.

Conde. Pero como á veces se va al baile para ver á ciertas gentes...

Luisa. Si quisiera ver á esas gentes, tendria mas que usar de la libertad que me concedeis tan ámpliamente?

Conde. Y si por casualidad, mi tio que, como sabeis, tiene la manía de mezclarse en lo que no le importa, hubiese llevado á mal las visitas de esas mismas gentes, y las hubiese plantado en la calle, seria estraño que no viéndolas llegar á la hora acostumbrada, imagináseis ese ingenioso medio?

Luisa. Os daria gracias, caballero, por el favor que haceis á mi pobre ingenio, si el cumplido fuese mas lisongero para mi delicadeza, en la cual, sin embargo, habíais prometido confiar... Y siento mucho me hayais detenido cuando queria marcharme, con solo el objeto de decirme... un chiste tan grosero.

Conde. Señora, perdonad; pero...

Luisa. Bésoos la mano. (*Le saluda y vase.*)

Conde. Señora... (*Saluda tambien.*)

ESCENA III.

EL CONDE, *solo*.

Qué dignidad! Vamos, tengo una muger como hay pocas.. solo que pide unas cosas!... Querer que la acompañe al baile precisamente cuando he dado palabra á la marquesa! Sin embargo, lo siento, y quisiera...

ESCENA IV.

EL CONDE. EL COMENDADOR.

Comendador. Buenos dias.

Conde. Ah! sois vos, tio?

Comendador. Sí, yo soy... Están las cosas en el mismo estado?

Conde. En el mismo, querido tio.

Comendador. Quiere decir que he acertado en lo que acabo de hacer.

Conde. Conque es cierto lo que suponia?

Comendador. Qué suponias tú?

Conde. Que habeis ido á Versalles.

Comendador. Lo acertaste... He visto al rey.

Conde. Y le habeis dicho?...

Comendador. Todo... echándome á mí la culpa, se entiende. S. M. se ha convencido de que vuestro casamiento es nulo, y me ha autorizado á pedir la separacion, prometiendo influir con el papa para que declare la nulidad.

Conde. Y despues, qué habeis hecho?

Comendador. Me he pasado por casa del procurador, que ha quedado estendiendo el acta de demanda.

Conde. Pero, tio, permitidme que os diga que llevais las cosas con una precipitacion...

Comendador. Amigo, lo que ha de ser, cuanto antes.

Conde. Y si la condesa y yo no pensamos como vos? Me parece que no nos separareis á la fuerza; porque al fin, se necesita nuestro consentimiento.

Comendador. Y os atreveereis á negarlo?

Conde. Puede.

Comendador. Pues yo os digo que no. Mi sobrina está ya cansada de esta vida, de tu indiferencia, y de no ser en tu compañia ni casada, ni viuda, ni soltera.

Conde. Si está cansada, y desea la separacion, Dios me libre de poner obstáculos á sus deseos: lo que madama de Candale haga, eso haré. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL COMENDADOR. LUISA.

Comendador. Bien, eso es ponerse en la razon.
Luisa. Ah! querido tio... Me dijeron que habíais vuelto, y esperaba con impaciencia que estuviérais solo.
Comendador. Por qué solo?
Luisa. Porque no queria salir mientras estuviese aqui el conde.
Comendador. Quiere decir que estais enteramente reñidos?
Luisa. No, señor, nada de eso... Pero con todo, soy muy desgraciada.
Comendador. Sosiégate... todo se remediará.
Luisa. Y cómo?
Comendador. Quedando libres uno y otro.
Luisa. Conque es cierto que nos quereis separar?
Comendador. Ya que no os puedo unir, fuerza será tomar ese partido.
Luisa. Pero tio...
Comendador. Nada. Tú amas al baron, él quiere á la marquesa; pues señor, qué remedio? Casarse él con ella, y tú con el baron.
Luisa. Yo casarme con el baron? Nunca, nunca.
Comendador. Cómo nunca?
Marta. (*Saliendo por el foro.*) Señor comendador, vuestro procurador os espera para un negocio urgente.
Comendador. Muy bien... Abur, sobrina.
Luisa. Vuestro procurador!
Comendador. Sí, mi procurador... Dónde está?
Marta. En vuestro despacho.
Comendador. Voy corriendo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LUISA. MARTA.

Marta. Jesus! señora, qué sucede? Teneis el rostro demudado.
Luisa. Sucede que, segun me aconsejaste, pedí al conde que me llevase á la ópera, y se ha negado.

Marta. Con qué pretesto?

Luisa. Un compromiso con no sé qué amigos.

Marta. Amigos, sí, ya estoy!... Y le dais crédito?

Luisa. Creo todo lo que me dice.

Marta. Qué bendita sois, señora.

Luisa. Piensas que el conde me engaña?

Marta. Lo pienso... lo creo... no me queda duda,

Luisa. Ah! los hombres!... los hombres!...

Marta. Son unos perversos.

Luisa. Vea usted... y ayer...

Marta. Ayer... qué?

Luisa. Hablando conmigo, me tomaba las manos.

Marta. Las manos!

Luisa. Y me miraba con unos ojos!...

Marta. Bribon!... Os queria seducir.

Luisa. Sí... seducir... Y ahora...

Marta. Qué bien hice en darle con la puerta en los hocicos.

Luisa. Crees que fue bien hecho?

Marta. Perfectamente.

Luisa. Marta, quisiera saber si es con la marquesa con quien el conde va á la ópera.

Marta. Un medio hay muy fácil.

Luisa. Cuál?

Marta. Yendo tambien vos al baile.

Luisa. Si no tengo con quién.

Marta. No teneis con quién? Y el baron, entonces, de qué sirve? Si no se le ocupa en algo, mas vale despedirle.

Luisa. Con el baron? Es imposible.

Marta. Por qué?

Luisa. Estamos reñidos.

Marta. Reñidos?... y cómo ha sido?

Luisa. No sé... no me acuerdo... no está mi cabeza ahora...

Marta. Poca cosa debe ser entonces.

Luisa. Lo es tanto, que al salir ha jurado no volver hasta que yo le llame.

Marta. Pues hay mas que llamarle?

Luisa. Y cómo?

Marta. Como se llama á las gentes... con una esquela... cuatro palabras.

Luisa. Oh! pero...

Marta. Quien quiere el fin, quiere los medios... Os interesa ó no ir al baile?

Luisa. Si me interesa?... Ya se vé que sí, y mucho.

Marta. Pues no hay remedio: escribidle.

Luisa. Mas eso no será bien hecho, Marta.

Marta. Entonces, se acabó... dejadlo.— Pero chito. Jazmin llega... Dejadme sola con él dos minutos, y os diré muchas cosas.

Luisa. Pues bien, segun lo que me digas, entonces resolveré. (*Bajo.*) Pero por Dios, prudencia.

Marta. No hay cuidado. (*Vase la condesa.*)

ESCENA VII.

MARTA. JAZMIN.

Jazmin. Qué te decia tan bajito tu ama, Marta?

Marta. Me encargaba que tuviese prudencia.

Jazmin. Y á qué cuento? (*Llama el conde.*)

Marta. Desea saber si el conde va esta noche al baile con la marquesa; y no quiere se sepa que ella va con el baron.

Jazmin. Pues va.

Marta. Gracias á Dios... Sabes que me he llevado un susto terrible?

Jazmin. Y yo tambien... Las cosas tomaban un giro espantoso hácia el amor conyugal.

Marta. Nos perdíamos.

Jazmin. Y tanto... Entonces, abur secretos, abur propinas. (*Llama el conde otra vez.*)

Marta. Mira que te llama el conde. (*Vase.*)

Jazmin. Voy.

ESCENA VIII.

EL CONDE. JAZMIN.

Conde. (*Con un papel en la mano.*) Y bien, Jazmin?

Jazmin. Ya iba corriendo.

Conde. Lleva esta carta á la marquesa.

Jazmin. Aunque sea indiscrecion: es contra-órden para esta noche?

Conde. Sí. Esa pobre condesa me pidió que la llevase al baile: al pronto me negué; pero lo he pensado mejor, y tengo por mas chistoso el hacer con ella una infidelidad á la marquesa.

Jazmin. Pues creo, señor, que ya es tarde.

Conde. Tarde?

Jazmin. Tengo entendido que la señora condesa lo ha dispuesto de otro modo.

Conde. Cómo?

Jazmin. No sé á punto fijo; pero podeis tomar informes.

Conde. Bueno. Vete.

Jazmin. Y la carta?

Conde. La guardo. (*Vase Jazmin.*)

ESCENA IX.

EL CONDE, *solo.*

Que lo ha dispuesto de otro modo?... Qué quiere decir con eso?... Si andará en esto el baron?... Será posible! No... pues si tratan de engañarme... Averigüemos. Veré á la condesa, y... (*Se dirige hácia la puerta, y sale Marta.*)

ESCENA X.

EL CONDE. MARTA.

Marta. (*Ocultando en el pecho una carta.*) Ah!

Conde. Dónde vas, Marta?

Marta. No voy ni vengo, señor conde: me paseo.

Conde. Te paseas eh? Y qué llevabas ahí en la mano?

Marta. Yo? nada... Acaso llevaba algo?

Conde. Llevabas... (*Reprimiéndose, y aparte.*) Qué iba á hacer? Preguntar á un criado! espiar á la condesa!... (*Alto.*) Está bien: vete... vete.

Marta. Qué diablos tendrá hoy este señor? (*Vase.*)

ESCENA XI.

EL CONDE, *solo.*

Vaya con Dios... Cómo! á entregar al baron un billete de mi muger!... Porque no hay duda, es para él... Ah! mugeres! mugeres!... Creia conocerlas, y por poco caigo en la trampa... Pero cómo no caer cuando el corazon dice una cosa, y la voz, la espresion, los ojos os dicen otra... Y será la mano de la condesa, esa mano que ayer temblaba en la mia, la que acaba de escribir ese billete al baron para decirle lo mismo que ayer me decian sus miradas?... Y qué me importa que le quiera? qué me importa?... Me importa, importa... Dios me perdone, estoy celoso... Celoso tú?... tú, Candale?... Y de quién?... De tu muger... Vive Cristo que si lo supieran, quedaria deshonrado... y todos se reirian de mi, como yo mismo me rio... Ah! ah! ah!... No, pues no es cosa de risa... Qué necedad! Yo celoso! No lo estoy, no... seria demasiada ridiculez... y para probarlo, me voy... les dejo el campo libre... Sí... No, voto á brios, no me iré... Por otra parte, tengo curiosidad de saber si con efecto ella le daba una cita, y si él tendrá la osadía de presentarse aquí... Por supuesto, si él viene, claro está que ella le ha escrito que venga... y si le ha escrito, claro está tambien que le ama... Pero no me lo ha dicho ella misma? A fé que no lo ha ocultado... De qué me quejo? A cuento de qué viene ahora?... A cuento de que la amo, la adoro; que detesto al baron, y que quisiera se me pusiera ahora delante para decirle cara á cara que es un fatuo.

ESCENA XII.

EL CONDE. EL BARON.

Un criado. (*Anunciando.*) El señor baron de Valclos.

Conde. Ah! (*Coloca el sombrero en una mesa, y se deja caer en una silla.*) Que entre.

Baron. (*Al criado.*) Gracias, querido: pasad recado á la señora condesa, y decidle que aqui me tiene á su disposicion: que me ha llamado, y vengo.

Conde. (*Levantándose.*) Pues señor, ahora sí que no tengo duda.

Baron. Ah! eres tú, conde? Cuánto me alegro de verte! (*Aparte.*) No te llevase el diablo!

Conde. Buenos dias, baron... Cuánto tiempo hace que no te vemos. Asi olvidas á tus amigos! Muy mal hecho.

Baron. Qué quieres, amigo? No hay que reñirme... los negocios, los placeres...

Conde. Y al ver ese aire triunfante con que lo dices, apostaria á que tus negocios, y sobre todo tus placeres, van viento en popa.

Baron. Apuesta... ganarás.

Conde. De veras?

Baron. Tras de un dia viene otro dia, y ninguno se parece. Antes de ayer, ya sabes, me tocó estar triste... y ahora tú eres quien tiene trazas de estarlo... Qué tienes? Cuéntame tus cuitas... No soy ya tu amigo? Hay alguna novedad en casa? Quieres darme algun nuevo encargo para la condesa?... Ya sabes que siempre estoy dispuesto á servirte... Vamos, con franqueza.

Conde. No, gracias... Acabo de verla, y de negarle yo mismo lo que me pedia... Por eso te habrá escrito.

Baron. Hola! Conque sabes que me ha escrito?

Conde. Piensas que te hacen el honor de ocultarse de mí?

Baron. Entonces sabrás tambien lo que me escribe.

Conde. Pues no! Dice que quiere hablarte... no es esto?

Baron. Y añade que la encontraré sola.

Conde. Sola!... Ah! ah! Sola!

Baron. Solita.

Conde. Quiere decir que jugamos á juego descubierto?

Baron. Y tú el primero has enseñado tus cartas.

Conde. Aceptas el partido?

Baron. Sí... como no haya trampas.

Conde. Es mi costumbre, y me agraviarias creyendo otra cosa.

Baron. Pues en tal caso... (*Toma el sombrero de Candale y se lo presenta.*) Toma.

Conde. Luego.

Baron. No te ocurre, como antes de ayer, dar un paseo por la poblacion?

Conde. Hola! Pullitas tenemos?

Baron. Por qué no? Has obtenido privilegio esclusivo para ser tú solo chancero?

Conde. No.

Baron. Pues entonces...

Conde. Bueno; pero quisiera saber si cuando te chanceas, tienes al dia siguiente la costumbre de salirte á pasear fuera de las puertas.

Baron. Sí; pero no muy temprano, por temor de la policia, que, como sabes, se cuela por todas partes.

Conde. Eso es cosa sabida. Y te paseas siempre con tu espada al lado?

Baron. Naturalmente: ó es uno noble, ó no lo es; y siéndolo, jamas la espada se aparta de nosotros.

Conde. Y piensas pasearte mañana?

Baron. Conforme. Si esperase encontrar á alguien, sobre todo á algun amigo, no tendria inconveniente en salir á dar una vuelta, con tal de que ese amigo me digese hácia qué parte dirigirá su paseo.

Conde. Qué tal te parece la alameda de la Muette?

Baron. Magnífica: la gente se ve de lejos, y no es posible perderse.

Conde. Sobre todo, á las doce del dia, no es cierto?

Baron. Esa es precisamente mi hora.

Conde. Bueno: no deseaba saber mas. Adios, baron.

Baron. Adios, conde.

Conde. Hasta mañana.

Baron. Hasta mañana. (*Entra el conde en su cuarto. Sale Marta.*)

Marta. La señora condesa me manda deciros que perdoneis, y que no os puede recibir en este instante.

Baron. (*Aparte.*) Esta sí que es buena! Si el conde me da una estocada por esto, me he lucido. (*Alto.*) Pues cómo Marta?

Conde. (*Que se ha parado á la puerta de su cuarto.*) Hola!

Marta. Pero os espera á las once para que la acompañeis al baile de la ópera.

Baron. De veras, Marta! Al baile?

Marta. Que no falteis.

Baron. Faltar yo! Ya verás. Da mil gracias á tu ama, y dile que soy el mas feliz de los hombres.

Marta. Conque hasta las once. (*Vase.*)

Baron. En punto. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

EL CONDE *solo, volviendo.*

A las once!... Conque la condesa espera al baron para que la lleve al baile?... Hé aqui por qué fingia pedirme que la llevase yo: para estar seguro de mi ausencia. Ya esto es por demas, y no se puede sufrir.... Ah! venid, venid, tio mio: llegais á tiempo.

ESCENA XIV.

EL CONDE. EL COMENDADOR.

Conde. Como? Pues qué hay?

Conde. Hay que he reflexionado sobre lo que me habeis dicho, y conozco que la condesa y yo no podemos vivir juntos. Nuestros caracteres son antipáticos, y lo mejor será que nos separemos. Dónde está la demanda?

Comendador. Aqui la traigo.

Conde. Dádmela.

Comendador. Qué haces?

Conde. Ya lo veis, la firmo... Ahora, tio, no perdais tiempo: mostrádsela á ella... (*A la condesa, que entra.*) Ah! ah! señora... Venid, y sed dichosa... Ya estais libre. (*Se encierra en su cuarto.*)

ESCENA XV.

EL COMENDADOR. LUISA. *Luego* MARTA.

Luisa. Libre!... Qué quiere decir esto? Oí su voz, y he salido...

Comendador. Mira.

Luisa. Una separacion!... Y el conde ha firmado el primero!... Es cierto lo que ven mis ojos? Sí, sí... Despues de lo que me habia dicho!... Qué horror! Pero no me ha de ganar en orgullo... no me quedaré atrás, no. Quiere mi firma tambien? Pues no se la haré esperar.

Comendador. Conque estás decidida?

Luisa. Hé aquí mi respuesta... Dios mio! Dios mio! Qué desgraciada soy! (*Cae en un sitial.*)

Comendador. Válgame Dios! Se desmaya! Marta! Marta!

Marta. (*Acudiendo.*) Aqui estoy, señor; qué me quereis?

Comendador. Trae agua, vinagre... Tu ama se ha desmayado.

Luisa. No, no... no es nada... Gracias, tio... fué un momento de debilidad... Pero ya recobro mi valor.

Comendador. Es que... si lo haces á disgusto...

Luisa. No, tio, no... le aborrezco.— Ven, sígueme Marta.

Marta. No pensais ya en ir al baile?

Luisa. Ahora sí, mas que nunca. (*Vase.*)

Comendador. (*Solo.*) Decididamente... Hay antipatía entre sus genios, y no ha sido poca fortuna el que yo haya llegado á tiempo para arreglar sus asuntos.

Acto quinto.

ESCENA PRIMERA.

LUISA. *Luego* MARTA. *Luego* EL COMENDADOR.

Luisa. (*Saliendo de su cuarto.*) Y bien, Marta?
Marta. (*Saliendo por el foro.*) Aqui viene el señor comendador, señora. (*Sale el comendador.*)
Luisa. Perdonad, querido tio, que os haya hecho madrugar tanto; pero estoy tan atormentada!
Comendador. Atormentada?
Luisa. Si supiérais!... Ah! bien castigada estoy.
Comendador. De qué?
Luisa. He cometido una gran falta.
Comendador. Pero cuál es? Habla.
Luisa. He ido esta noche... al baile de la ópera.
Comendador. Tú? Sola?
Luisa. Peor... con el baron.
Comendador. Con el baron? Y has tenido valor?...
Luisa. Es que... tio... estaba celosa.
Comendador. Celosa?
Luisa. No lo habeis estado nunca vos, querido tio?
Comendador. Celosa!... Y de quién?
Luisa. Del conde.
Comendador. De Candale?
Luisa. Sí... de Candale.
Comendador. De tu marido?
Luisa. Pues... sin duda... de mi marido.

Comendador. Pero qué significa?...

Luisa. Me habian avisado que se negaba á llevarme al baile porque queria ir con la marquesa... Quise asegurarme de ello por mí misma; y he cometido una grande imprudencia, lo confieso... Escribí al baron, vino, y exigí de él que me llevase á la ópera... Allí estaba, tio, no me habian engañado... estaba con la marquesa. Si supiérais qué noche he pasado!... Cuando le ví dando el brazo á aquella muger... oh! me puse furiosa.

Comendador. Furiosa é ibas tú con el baron?

Luisa. Pues eso no vale nada.

Comendador. Cómo nada?

Luisa. Nada en comparacion de lo que despues ha sucedido.

Comendador. Qué ha sucedido?

Luisa. Cierto oficial que me seguia, tomándome sin duda por otra, se acercó y me dijo al oido algunas palabras poco atentas. Involuntariamente apreté con mi brazo el del baron, el cual, volviéndose, preguntó con altanería al oficial, qué tenia que decirme? El oficial le respondió que si tenia curiosidad de saberlo, se lo fuese á preguntar á monsieur de Saillant, capitan de los gendarmes del rey, y le dió las señas de su casa. De suerte, tio, que hoy mismo habrán de salir al campo.

Comendador. Al campo!

Luisa. Si, tio! Ya veis qué escándalo! Y si se llega á saber toda la aventura, quedo deshonrada, y Candale no me lo perdonará nunca.

Comendador. Con muchísima razon.

Luisa. Ya veis que es absolutamente preciso me saqueis de este compromiso.

Comendador. Sí... eso por de pronto... Y luego?

Luisa. Haré cuanto me mandeis.

Comendador. Pues disponte á venir conmigo.

Luisa. Hoy mismo?

Comendador. A tu antiguo convento.

Luisa. Eso queria pediros... Pero antes, qué haremos?

Comendador. Monsieur de Saillant, conoció al baron?

Luisa. No... estaba con careta.

Comendador. Pues bien, llama al baron, y exige de él que no lleve adelante este asunto.

Luisa. Yo exigir de él... con qué derecho?

Comendador. Con el que tiene una muger sobre el hombre que le ha hecho faltar á sus deberes, y á quien ella ha tenido la debilidad de amar estando casada con otro.

Luisa. (*Cruzando las manos.*) Ay! tio mio!

Comendador. Y bien, qué?

Luisa. Creo... creo... que no amo yo al baron... Digo mal... estoy segura de que no le amo... Aun hay mas... me temo que amo á otro... que amo á Candale.

Comendador. Cómo? Al conde?... á tu marido? Amas á tu marido?

Luisa. Digo! Me parece que no estaria celosa de él si no le amase.

Comendador. Esta es otra!... Amas á tu marido, y firmaste ayer la demanda de separacion?

Luisa. La firmé por celos, por rabia, por desesperacion de que él la hubiese firmado antes, habiéndome prometido lo contrario.

Comendador. Me hareis perder el juicio!... Ven acá, desdichada, no sabes ya que tu marido no te quiere? No te lo ha dicho él mismo?

Luisa. Ay de mí! Sí.

Comendador. No sabes que quiere á otra?

Luisa. Oh! no me digais eso.

Comendador. Al contrario, te lo diré, te lo repetiré siempre, para que te cures de ese amor.

Luisa. Nunca, nunca!

Comendador. Nunca?... Pero no se trata ahora de eso... Estamos perdiendo el tiempo.

Luisa. Sí... y entretanto el baron...

Comendador. Envíale recado de que venga.

Luisa. Yo, tio?... Oh! no... no cometeré ya semejante imprudencia... Aunque me vaya la vida en ello... No lo haré.

Comendador. Bien, Luisa, bien... Tienes razon. — Marta, Marta!

Marta. (*Saliendo del cuarto.*) Señor...

Comendador. Toma al punto mi coche, vé á casa del señor baron, y dile que tu ama le espera, que quiere hablarle... Corriendo.

Marta. Voy. (*Vase.*)

Luisa. Gracias, tio, gracias... Ah! si de esta escapo, os aseguro que no se me olvidará la leccion en toda mi vida.

Comendador. Calla!... Oigo á tu marido.

Luisa. Pues me escapo... Olvidaba deciros que me siguió en el baile, y ha debido conocerme.

Comendador. Estás cierta?

Luisa. Cierta, no; pero no importa... no me atreveré á ponerme delante de él hasta saber... Ya viene... Hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL CONDE. EL COMENDADOR.

Conde. Parece que huye de mí vuestra sobrina.

Comendador. Mi sobrina!... Si no te ha visto, creo.

Conde. Oh! que sí... Pero hace bien... se avergonzaria demasiado, si se viese cara á cara conmigo.

Comendador. Por qué?

Conde. Porque habeis de saber que ha ido al baile de la ópera con el baron; que el baron ha tenido un lance por ella con un tal monsieur Saillant, y que debe reñir con él esta mañana.

Comendador. Cómo lo has sabido?

Conde. Los conocí, los iba siguiendo, y todo lo he oido.

Comendador. Y qué piensas hacer?

Conde. La cosa no tiene mucho que pensar... Acabo de pasar un recado á mi amigo Brichanteau.

Comendador. Para qué?

Conde. No comprendeis?

Comendador. No.

Conde. Pues bien claro es. Que mi muger tenga un capricho, y Valclos la haga entrar en razon, está en el orden... Que quiera ir á la ópera, y no pudiendo yo llevarla, le sirva el baron de lazarillo, tambien está en el orden... Pero cuando un insolente insulta á la condesa de Candale, y se trata de desnudar por ella el acero... oh! entonces, tio mio, ya no es asunto que le corresponde al baron, sino á mí.

Comendador. Ya, ya comprendo ahora... Pero lo permitirá el baron?

Conde. No he de irle á pedir su permiso. Sé el nombre y las señas de su contrario; esto me basta. El baron esta-

ba con careta, y no le han conocido. Monsieur de Saillant espera á una persona sin saber quién es... y en presentándose alguna, lo mismo le da esta que otra... Lo único que temo es que Valclos se me adelante.

Comendador. No hay cuidado... es temprano todavia. (*Mirando el relox.*) Las ocho... Luego, debe antes venir aquí.

Conde. Aquí?... Y qué tiene que hacer aqui?

Comendador. Escucha. Tu muger está inconsolable de lo que ha sucedido... tiembla que lo sepas, y le he dado el consejo de llamar al baron para hacerle desistir de ese desafio.

Conde. No haria mucho en ello... Cuando una muger se olvida hasta el punto de hacer gala del amor que tiene por un hombre, este hombre le debe alguna satisfaccion.

Comendador. Hacer gala de su amor!... Luego todavia estás en que tu muger ama al baron?

Conde. Sria preciso estar ciego para no ver...

Comendador. Pues te equivocas.

Conde. Cómo?

Comendador. La condesa no ama á Valclos.

Conde. De veras?.... Y quién os ha contado eso, tio mio?

Comendador. Ella misma.

Conde. Qué ha de hacer despues de lo sucedido?

Comendador. Y sí lo sucedido hubiese sido precisamente porque no ama al baron?

Conde. A ver, á ver... cómo es eso?

Comendador. Si lo que ha hecho, hubiese sido tambien porque ama á otro?...

Conde. A otro!

Comendador. Si no hubiese ido al baile mas que impulsada por sus celos?

Conde. Celos la condesa?

Comendador. Sí... celos... Pero qué necio soy yo en contarte... A tí qué te importa?

Conde. Poco á poco, querido tio... Necesito una esplicacion. La condesa amar á otro! La condesa tener celos de otro! La condesa ir al baile con el baron por otro que no es él!... Pero ese otro, quien es?

Comendador. Pues qué, infeliz, no lo adivinas?

Conde. Cómo?... Acaso... querido tio... ese otro... seria yo?

Comendador. Tú, sí: tú, ingrato.

Conde. Yo! es posible!

Comendador. Y bien, qué te da?

Conde. (*Abrazándole.*) Tio de mi alma! Jesus!... Vaya! Sois el rey de los tios.

Comendador. Pero, señor, qué es esto? Estoy en alguna casa de locos?

Conde. Necio de mí, que no lo eché de ver... Y es claro como la luz del dia! Por vida de... Ved lo que sucede por ser uno demasiado modesto.

Comendador. Bien; pero ello es que...

Conde. Sí... entendámonos ahora... porque no hay tiempo que perder. Monsieur de Saillant, como sabeis... ó como no sabeis... es un espadachin de primera clase... Si no os vuelvo á ver antes del lance... ó despues del lance... os recomiendo á la condesa, tio, á esa pobre Luisa... porque entonces no tendria mas consuelo que vos.

Comendador. Vamos, deja esas tristes ideas.

Conde. Sí... pero...

Comendador. No quieres verla ahora?...

Conde. De buena gana lo haria; pero... Ya lo sabeis: he tenido en mi vida mas de cuatro lances, y de todos ellos he salido airoso... á cuenta de algunos meses de castillo... Pues bien, os lo aseguro, si viese á la condesa con aquellos ojos tan bellos, aquella sonrisa encantadora, (*Admiracion siempre en aumento del comendador.*) aquella dulce voz que penetra el alma, la idea de que tantos hechizos me pertenecen, y que acaso dentro de dos horas... Vamos, no seria ya dueño de mí mismo, y haria un desatino.

Comendador. Eso es decir que tú tambien la amas?

Conde. Sí... querido tio... la amo, la adoro.

Comendador. Oh!

Conde. Es una ridiculez, lo conozco; pero la amo, y como soy, estoy en mis glorias de reñir por ella. Pero si he de reñir bien, es preciso que no la vea... Hacedme un favor, tio.

Comendador. Cuál?

Conde. Id á casa de Brichanteau... contadle el asunto... decidle que he tenido un lance, y que tenga á bien ser mi padrino.

Comendador. Y tú?

Conde. Yo espero aqui al baron... tengo que decirle dos palabras.

Comendador. Bueno: abrázame.

Conde. Hasta luego, tio.

Comendador. Cachaza y serenidad,

Conde. No tengais cuidado.

Comendador. Hasta la vista.

ESCENA III.

EL CONDE, *solo.*

Conque me ama!... No me habia engañado! Y he ido á armar una pendencia á ese pobre baron!... Qué diablos! Tambien él se me vino con aquel airecito de importancia!... No importa: la culpa es mia.

ESCENA IV.

EL CONDE. EL BARON.

Conde. Oh! buenos dias, baron; te esperaba... Me alegro mucho de verte.

Baron. Felices, amigo. (*Aparte.*) Otra vez él!... Este hombre ha resuelto no salir ya de casa! (*Alto.*) Me esperabas dices?

Conde. Sí, amigo... Ayer habia perdido sin duda el juicio... estaba trastornado. Fuí á reñir contigo malamente... y ahora te pido mil veces perdon.

Baron. Cómo? qué significa?...

Conde. Significa que cuando se ha obrado mal con un amigo, es justo reconocerlo... He obrado mal contigo, y lo conozco... Quieres mas? Dame tu mano.

Baron. Héla aquí.

Conde. (*Tomando el sombrero.*) Ahora, ahur... Siento no poder estar mas tiempo contigo; pero un asunto urgente...

Baron. Conde...

Conde. Qué?

Baron. Una palabra.

Conde. Dí.

Baron. Es cierto lo que he oido de una demanda de divorcio?

Conde. (*Con gravedad.*) Cierto, amigo: la condesa y yo la hemos firmado ayer.

Baron. (*Muy alegre.*) Quiere decir, que me abandonas enteramente el campo?

Conde. Te lo abandono... sí... Pero ten entendida una cosa.

Baron. Qué?

Conde. Que en dejando de ser el marido de mi muger, me convierto en su amante... Entonces, ambos la obsequiaremos; y aquel á quien prefiera...

Baron. Y bien?

Conde. Ese será su esposo. Adios, amigo. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL BARON. LUISA.

Baron. (*Solo.*) A aquel á quien prefiera, ese será su esposo!... Qué diablos de embrollo es este?... Pero la condesa!

Luisa. Baron, os doy gracias por haber venido.

Baron. Sí, he venido, y lleno de inquietud; os lo aseguro.

Luisa. Por qué esa inquietud?

Baron. Porque todo me sucede al reves de los demas. Antes de ayer me abrísteis las puertas de vuestra casa, y el mismo dia me dísteis á entender que lo mejor seria salir pronto de ella. Ayer me escribísteis que me viniera, y fue no solo para probarme vuestra indiferencia, sino tambien vuestro amor por otro. Hoy me mandais á buscar, y como á cada nuevo favor aparente, pierdo algo de mi verdadera dicha, tiemblo que vuestro deseo de verme sea para prohibirme por siempre vuestra presencia.

Luisa. No, baron, no: os engañais. Podeis adquirir hoy derechos eternos, no solo á mi amistad, sino tambien á mi gratitud.

Baron. Amistad!... gratitud!... Muy frios afectos son esos, señora... Pero aun asi, hablad: á falta de los que he perdido, procuraré reconquistarlos.

Luisa. Baron, estaba tan trastornada al salir del baile, que no me acordé de hablaros de aquel lance...

Baron. Cuál, señora?

Luisa. La ocurrencia con Mr. Saillant.

Baron. Saillant!... No caigo... A fe mia, condesa, no sé de qué lance hablais... Y si acaso hubiere ocurrido algo de eso, creed que lo he olvidado.

Luisa. No, no lo habeis olvidado. Y apostaria á que está misma mañana...

Baron. Bien... suponed que me acuerdo, qué importancia podeis dar á semejante asunto?

Luisa. Qué importancia!... Tanta, baron, que os he mandado llamar para suplicaros no lleveis adelante ese desafio.

Baron. Cómo! condesa... me pedís eso?... á mí!

Luisa. Sé que os pido un gran sacrificio, pero vuestra honra no está comprometida. Oidme... Monsieur de Saillant os ha dicho su nombre, pero vos no le habeis revelado el vuestro... Os ha dado las señas de su casa, pero él ignora donde vivis... Os ha hablado con la cara descubierta, vos estabais disfrazado... por consiguiente, no sabe quien sois, no ha podido conoceros... Oidme por Dios hasta el fin... Si por consideracion á mí, á mí sola, consentis en callar, ignorará siempre con quien ha tenido el lance, mientras que mi honor, caballero, se encuentra amenazado. Si os batís, se sabrá por qué y por quien... Una imprudencia entonces se convertirá en crimen, y aunque soy inocente, inocente ante Dios, nadie mejor que vos lo sabe, quedaré deshonrada á los ojos del mundo.

Baron. No es el juicio de los hombres el que temeis, señora... El de una persona sola, aislada, tiene mucho mas poder en vos que el de la sociedad entera.

Luisa. Quereis arrancarme una confesion? Pues bien: os estimo lo suficiente para hacérosla... Si, es cierto: de cinco dias á esta parte, una estraña mudanza se ha verificado en mí y al rededor mio... una luz desconocida y nueva ha colocado los objetos á mis ojos bajo su verdadero punto de vista... Lo que yo creia ser una pasion eterna, era, no diré un capricho, sino una ilusion de mi alma. He hallado en el conde, en mi marido, ademas de un hombre bueno y entendido, un sugeto lleno de nobleza y cortesanía; que en vez de tratarme como lo hubiera hecho otro cualquiera, me ha dejado entregada á mí misma, confiando en mi honradez, en mi delicadeza.

Entonces he crecido á mis propios ojos, he aprendido á estimarme, y he conocido, caballero, que ni aun por pensamiento debo consentir en engañar á semejante hombre.

Baron. Decidlo todo, señora... Sed franca... Confesad que le estais amando.

Luisa. Pues bien, sí, le amo. Lo he conocido harto tarde para vos, lo confieso; pero á tiempo para mí. Estaba á punto de perderme... y ahora lo estoy... de ser dichosa. Mi reputacion, mi suerte, mi dicha, estan en vuestras manos... Baron, en nombre de vuestra madre, en nombre de vuestra hermana, sed generoso.

Baron. Señora, es tarde... Si vuestro honor está comprometido, tambien el mio lo está... Monsieur de Saillant no conoce mi nombre, no sabe mis señas, no ha visto mi rostro, es cierto... Pero aguarda á un caballero, y yo sé que me espera. Si yo faltase á un duelo, y faltase por haber llevado oculto el semblante, la nobleza entera de Francia quedaria deshonrada, y eso no lo consentiré yo nunca.

Luisa. Y entonces qué será de mí? Considerad la horrorosa situacion en que me encuentro.

Baron. Esa situacion, señora, la habeis creado vos y no yo. Si es falsa, la culpa es vuestra, no mia; y no siéndolo, es mucho sacrificio el de mi fama y de mi amor á un tiempo. Sí, de mi fama; porque si consintiera en lo que exigis de mí, seriais la primera en despreciarme. Fuera de esto, hace dias que estoy haciendo aqui un papel harto ridículo; y como no estoy acostumbrado á hacerlo, este papel ya me cansa. Necesito tomar venganza en alguien; y ya que no pueda ser en Candale, ha de ser en el otro. Nada tengo que ver con él; pero no importa: por qué se me pone al paso precisamente cuando voy buscando quimera, para aplacar mi rabia derramando sangre?

Luisa. Luego, señor baron, son inútiles mis ruegos? Luego os negais?...

Baron. No solamente me niego á ello, señora, sino que tardando ya demasiado... (*Sale el comendador.*)

ESCENA VI.

DICHOS. EL COMENDADOR.

Luisa. Querido tio, venid á mi socorro. El señor baron resiste á mis ruegos, y quiere á toda costa ir á casa de Mr. Saillant.

Comendador. Será inútil que vaya; no le encontrará.

Baron. No lo encontraré?

Comendador. No: está empeñado ahora en un lance de honor.

Baron. Ya lo sé: lo tiene conmigo.

Comendador. Os engañais: es con mi sobrino.

Baron. Con el conde!

Luisa. Ah!

Comendador. Esta noche pasada, en el baile de la ópera, Monsieur de Saillant ha insultado á la condesa de Candale, y hoy el conde de Candale ha ido á pedir satisfaccion á Mr. de Saillant. Esto está en el orden.

Baron. Esto es una perfidia! Señor comendador, por lo mas sagrado de este mundo, por la fé de caballero, os lo suplico, decidme, dónde estan? Quiero hallarlos, separarlos, arrojarme entre sus espadas, decirles que ese duelo es mio, que me pertenece... dónde estan? dónde estan?

Comendador. No lo sé... Informaos en casa de ese caballero... A dos pasos de aqui vive... Sabeis sus señas.

Baron. Teneis razon: gracias. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL COMENDADOR. LUISA.

Luisa. Tio, no será verdad que el conde ha ido á batirse con Mr. Saillant. Le habreis dicho eso sin duda con algun motivo que no alcanzo, pero que me vais á esplicar, no es cierto?

Comendador. No has dicho tú misma que si se supiera lo que ha pasado, si el baron riñera por tí, serias perdida? Pues bien, Candale ha pensado como tú, ha hecho la ofensa suya, y ha salido al campo.

Luisa. El! en lugar de abandonarme, como lo tengo merecido, en vez de despreciarme, me salva á espensas tal vez de su propia vida? Oh! querido tio! Si le sucediera

alguna desgracia! Si le hiriesen! Si le matasen! Y sin verle yo para decirle cuanto he sufrido! Sin saber que le amo, que no amo mas que á él! Morirá creyéndome una muger sin fe, sin sentimiento alguno; maldiciéndome tal vez, á mí, que nada he hecho por su felicidad, y soy causa de su desgracia! Ah! os lo juro, no le sobrevivire.

Comendador. Escucha. Venia yo, hombre de otra edad, de otra época... yo, que nada comprendo á vuestras locas vanidades de hoy dia... venia, digo, con rostro severo, con ceño adusto, á echar sobre tí todo el peso de este fatal desafio... Pero al ver tus lágrimas, tu dolor, tu desesperacion... Ah! solo sé tambien sentir y llorar contigo. Porque triste anciano, sin sucesion alguna, veia en él á mi hijo, veia en tí á mi hija, y en ambos los últimos vástagos de una familia ilustre. Y á pesar de mi dolor, de mi llanto, pues tambien soy hombre, resisto sin embargo, y sobrevivo á todo.

Luisa. (*Arrojándose en sus brazos.*) Padre mio! padre mio!

Comendador. Sí... soy tu padre, sí. Cuando por mi dolor concibo el tuyo, no tengo ya valor para culparte... Mira: acaso no deberia decírtelo; deberia dejarte entregada á tus remordimientos; pero no tengo valor para tanto... Todo se lo he dicho.

Luisa. Le habeis dicho qué estaba celosa? que solo fuí al baile por seguirle? Le habeis dicho que le amo, y ha ido á batirse sin verme! Ah! querido tio: eso es ya mas que indiferencia... Es odio, es desprecio.

Comendador. No es nada de eso... Es amor... Lejos de aborrecerte, de despreciarte, te ama, Luisa, te ama.

Luisa. Me ama!... No me engañais?

Comendador. Te ama... como tú le amas á él... y quizas mas todavia.

ESCENA VIII.

DICHOS.—EL BARON.

Baron. (*Entrando con sobresalto.*) Candale no ha vuelto?

Comendador. No... aun no.

Luisa. Dios mio! Qué teneis? Qué agitado estais! Qué pálido!

Baron. Yo? No... no es nada. (*Quiere salir.*)

Luisa. (*Deteniéndole.*) Ah! no saldreis hasta que me lo digais todo. Qué ha sucedido?

Comendador. Qué hay? qué hay?

Baron. Hay... No lo sé todavia. Corrí á casa de Monsieur de Saillant: me digeron que se estaban batiendo los pasos de aqui...

Luisa. Qué mas?

Baron. De un salto me trasladé al lugar del desafio; pero por mas prisa que me dí, cuando llegué ya era tarde.

Luisa. Tarde! Dios mio! tarde! Qué quereis decir con eso?

Baron. Unos trabajadores que habia alli cerca y que presenciaron el combate, me han dicho que uno de los dos adversarios habia caido gravemente herido, mas no pudieron decirme cual.

Luisa. (*Cayendo en un sitial.*) Dios mio! Será Candale!

Comendador. A fe de caballero; señor baron, no sabeis mas?

Baron. Nada mas, lo juro.

Comendador. Entonces, aun no hemos perdido toda esperanza.

Luisa. (*Levantándose de repente.*) Oid.

Comendador. Gente sube. (*Silencio.*)

Luisa. Esas son sus pisadas. (*Abrese la puerta del foro y se presenta Candale. La condesa se arroja en sus brazos dando un grito.*) Ah!

Comendador. (*Dejándose caer en un sillon.*) Ah!

Baron. Señor comendador!

Comendador. Qué quereis, señor baron? Al fin es mi sobrino!

ESCENA IX.

DICHOS. EL CONDE.

Luisa. (*En los brazos del conde.*) No estais herido?

Conde. No, á Dios gracias.

Luisa. Qué ha sucedido? decid.

Conde. Dejad primero que os mire... Sois vos, con efecto?... Ah! cuán feliz soy!

Comendador. Conque le has dado una buena estocada á ese Fierabras?

onde. Sí, tio mio... En el pecho... Tenia prisa y no pude escoger el sitio.

omendador. Bueno, pero ahora, despues de esa hazaña, hay que echar á correr.

nisa. Huir? y por qué?

omendador. Porque S. M. no tiene conmiseracion con los duelistas; y tu marido no querrá verse por la tercera vez en un castillo. No es verdad, Candale?

onde. Ya se ve que no, y mucho menos ahora.

aron. (*Haciendo un recuerdo.*) Ay Dios mio!

uisa. Pues tio, partiré con él... no quiero abandonarle... (*Conteniéndose.*) Caballero, tengo el derecho de seguiros: soy vuestra esposa.

onde. Sí, sí: hasta el fin del mundo.

omendador. Bueno, bueno... Pero si le detienes, le seguirás á la cárcel.

uisa. Pues vamos... Pronto, pronto... Marta.

omendador. Luego os seguirán los criados. Marchad.

uisa. Sí... Vamos.

azmin. (*Saliendo por el foro.*) Señor conde, la casa está cercada por la policía.

omendador. Ah! voto á brios! Ya no es tiempo!

aron. Pues, señor: tambien soy yo el que he hecho este desatino.

onde. Cómo? Tú?

aron. Sí, yo. Cuando supe que te ibas á batir por mí, todos los medios me parecieron buenos para impedirlo, y dí parte á la policía.

onde. Vete con dos mil diablos.

Luisa. Cielos! Qué haremos?

Jazmin. Ya suben... Atranco las puertas?

Baron. No... al contrario... Abre.

ESCENA X Y ULTIMA.

DICHOS. UN OFICIAL DE POLICÍA. ESBIRROS.

Oficial. El señor conde de Candale?

Baron. Hele aqui... Yo soy.

Luisa. Qué dice?

Conde. Pero...

Oficial. (*Al baron tocándole con su vara de ébano.*) En

nombre del rey y de los señores mariscales de Francia, señor conde, daos á prision.

Baron. Me será permitido decir dos palabras á mi esposa y á mis amigos?

Oficial. Decid, señor conde. (*El baron vuelve al proscenio entre el conde y la condesa.*)

Conde. Qué significa esto?

Baron. Significa que te pido permiso para usurpar otra vez tu puesto; pero esta, te lo aseguro, será la última.

Luisa. Esplicaos, baron.

Conde. Sí, esplícate.

Baron. Silencio. Mientras me lleven á mí, metido en tu coche, tomas tú el mio, y te vas sosegadamente á la Lorena ó donde mejor te acomode. De aqui á tres dias, pruebo que no soy el conde de Candale y me sueltan: de aqui á seis semanas, tu adversario habrá ya curado de su herida; y á los dos meses podrás presentarte de nuevo en la corte, como si nada hubiese pasado. Yo soy el único de quien tal vez se reirán un poco... Pero os veo dichosos, y esto me consuela.

Conde. No, no puedo consentir...

Baron. Ten generosidad, amigo... No me sacrifiques del todo, y déjame tomar este desquite.

Conde. Querido Valclos!

Luis. Señor baron...

Baron. Me habeis ofrecido vuestra amistad, señora condesa, y la acepto: prefiero esto á perderlo todo.

Oficial. Señor conde, cuando gusteis.

Baron. Estoy á vuestra disposicion... Marchemos. (*Vase con los esbirros.*)

Comendador. Ahora, os toca á vosotros.

Luisa. No nos acompañais?

Comendador. Imposible, tengo que quedarme en Paris.

Conde. Para qué?

Comendador. (*Sacando un papel del bolsillo.*) Para hacer las diligencias de vuestra separacion.

Conde. Ah! romped... romped.

Luisa. Sí... romped.

Comendador. (*Sacando el papel.*) Pues rompo, y un abrazo.

Conde. Luisa. Sí!

Comendador. Ahora sí que puedo contar con el mayorazgo.

FIN DE LA COMEDIA.

s del u.
dos puertas.
tones.
ado.
terés.
vuelvo.
dre.
lbao.
ina.
palo.
da y casada.
te.
médicis.
de industria.
leñador.
Belle-Isle.
la huérfana.
hambre.
o.
on de los inocentes.
sos.
del rey de Prusia.
Castro.
de bien.
e familia.
a de Carlos II.
flamenco.
o privado.
de Alby.
eza.
ez y Felipe II.
sus agravios.

6	Antoni.
4	Ango.
6	Angelo, tirano de Pádua.
6	Amor y deber.
4	A un cobarde otro mayor.
6	Adel el Zegrí.
4	Baltasar Cozza.
6	Catalina Hovar.
4	Chiton!!!
6	Doña María de Molina.
6	Doña Urraca.
6	Doña Jimena de Ordoñez.
6	Doña Blanca de Navarra.
6	Diana de Chivrí.
4	D. Rodrigo Calderon.
6	Dos granaderos.
6	Dos padres para una hija.
6	Elvira de Albornoz.
8	El desconfiado.
6	El hijo predilecto.
4	Emilia.
6	El astrólogo de Valladolid.
4	El pária.
4	El campanero de san Pablo.
4	El casamiento nulo.
4	El afan de figurar.
6	El peluquero de antaño.
4	El pobre pretendiente.
6	El hijo en cuestion.
6	Está loca!
4	El dómine consejero.
4	El compositor y la estrangera.
6	El duque de Braganza.
6	El pilluelo de París.
6	El soprano.
6	El gondolero.
4	El castillo de san Alberto.
6	El ramillete y la carta.
4	El comodin.
6	El mulato.
6	El marido y el amante.
6	Fray Luis de Leon.
4	Funcion de boda sin boda.
4	Garcilaso de la Vega.
6	Guillelmo Colman.
6	Hernani.
6	Hija, esposa y madre.
6	Intrigar para morir.
8	Incertidumbre y amor.
8	Intriga y amor.
6	Isabel de Babiera.
8	La vieja del candilejo.
6	La politico-mania.
6	La estrella de oro.
8	Los cortesanos de D. Juan II.
5	La ocasion por los cabellos.
4	Los celos infundados.
8	Los amoríos de 1790.
8	La conjuracion de Fiesco.
6	La cuarentena.
5	La pata de cabra.
8	La gata muger.
6	Lucrecia Borgia.
8	Luis onceno.
6	Los guantes amarillos.
6	La frontera de Saboya.
8	Las máscaras negras.
4	La espada de mi padre.
4	La cruz de oro.
6	La hermana del sargento.
8	Los padres de la novia.
8	Luisa.
8	La escalera de mano.
8	La solterona.
8	La cuñada.
6	La hija del avaro.
4	La hostería de Segura.
4	Me voy á casar.
4	María Remond.
4	Macbet.
4	No hay mal que por bien no venga.
4	Ni el tio ni el sobrino.
4	No siempre el amor es ciego.
5	Padre é hijo.
5	Plan-plan.
4	Pablo el marino.
6	Roberto D' Artevelde.
6	Ricardo Darlington.
4	Sin nombre!
4	Stradella.
6	Teodoro.
4	Toma y daca.
8	Virtud en la deshonra.
6	Valeria.
8	Un poeta y una muger.
6	Una muger generosa.
6	Un dia de 1823.
6	Una y no mas.
8	Un artista.
6	Un tio en Indias.
6	Un liberal.
6	La familia improvisada.
8	

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia mas de [illegible] comedias, cuyos autores son:

D. Angel Saavedra, duque de Rivas.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Antonio García Gutierrez.
D. Eugenio de Tapia.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Gaspar Fernando Coll.
D. Isidoro Gil.
D. José Zorrilla.
D. José Espronceda.
D. José de Castro y Orozco.
D. José García de Villalta.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Manuel Breton de los Herrer[illegible]
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano José de Larra.
D. Mariano Roca de Togores.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Ramon Navarrete.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Ventura de la Vega.

Teatro Moderno Español.

Van publicados 36 tomos. Se venden sueltos á 20 reales.

Teatro Antiguo Español.

Tirso de Molina. Consta de 12 tomos en 8.º marquilla, 160 rs.

Teatro Moderno Estrangero.

Van publicados 20 tomos. Se venden sueltos á 20 rs.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid, librerias de Cuesta, calle Mayor, y de Rios, [illegible]lle de Carretas, frente á la imprenta Nacional.

En las provincias en los siguientes:

Almeria.....	Gonzalez.
Alcoy.....	Marti Roig.
Alicante.....	Champourcin.
Burgos.....	Arnaiz.
Badajoz.....	Viuda de Carrillo.
Barcelona.....	Piferrer.
Cadiz.....	Moraleda.
Córdoba.....	Berard.
Coruña.....	Perez.
Granada.....	Sanz.
Habana.....	Urban Ramos.
Jaen.....	Orozco.
Jerez.....	Bueno.
Málaga.....	Aguilar.
Murcia.....	Gisbert.
Oviedo.....	Longoria.
Orense.....	Novoa.
Pamplona.....	Erasun.
Palencia.....	Santos.
Palma.....	Gelabert.
Santander.....	Riesgo.
Salamanca.....	Oliva.
Sevilla.....	Caro Cartaya.
Santiago.....	Rey Romero.
Vitoria.....	Ormilugue.
Valencia.....	Navarro.
Valladolid.....	Hijos de Rodrig[illegible]
Zaragoza.....	Yagüe.